

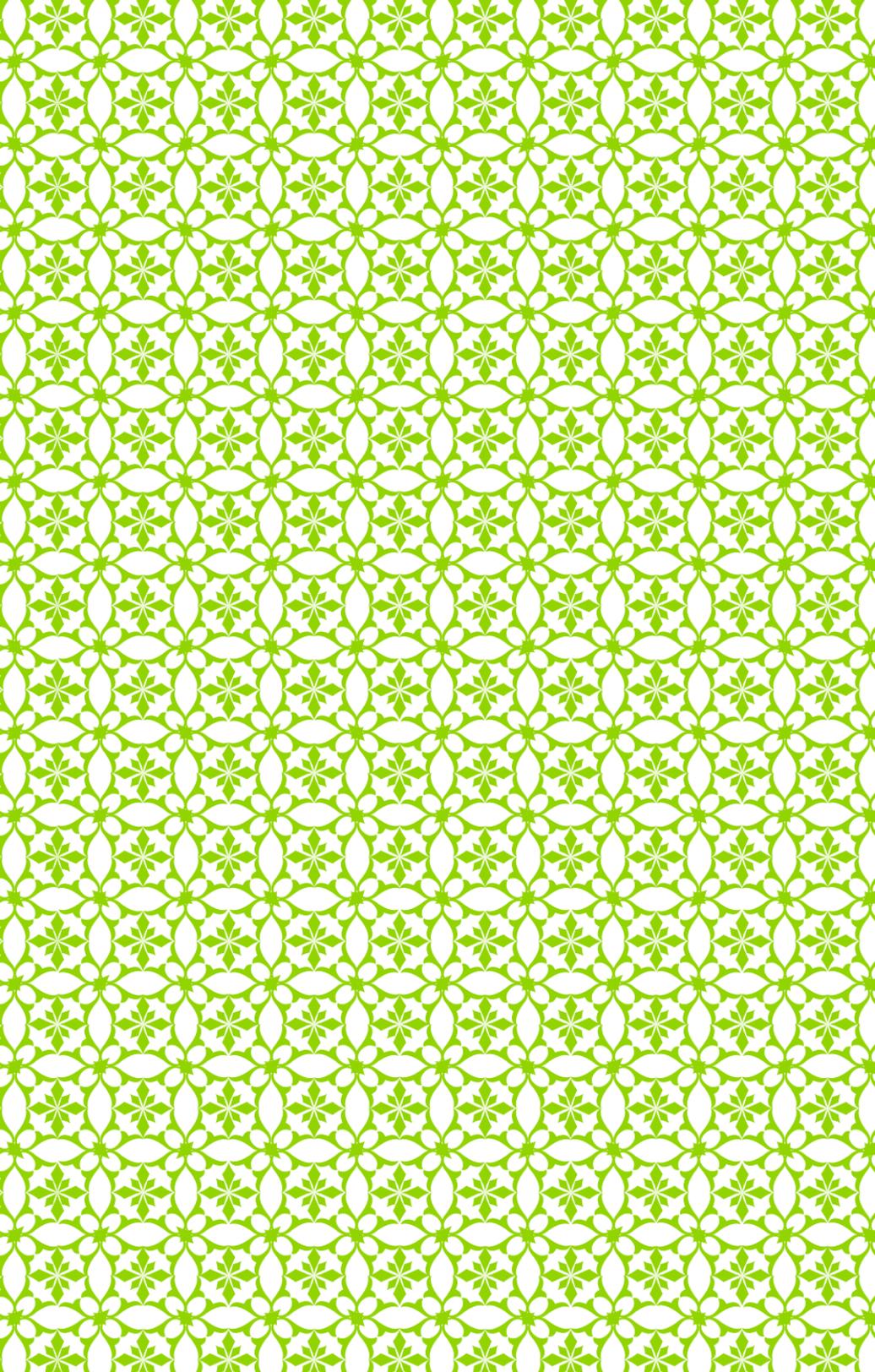
COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Lo que soñó la novia del Hombre Lobo

Laura Solórzano



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



**Lo que soñó
la novia del
Hombre Lobo**



Laura Solórzano

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Lo que soñó la novia del Hombre Lobo

Laura Solórzano



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2019

Director de la colección
Fernando del Paso Morante †

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autora
Laura Nicté Solórzano Pérez

Prólogo
Patricia Rosas Chávez

D.R. © 2019, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre de 2019

ISBN 978-607-547-660-5

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de veinticinco libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por esta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero, expresan

un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

- 9** **Prólogo**
- 13** **Coprolitos**
- 19** **Parque Alcalde**
- 25** **Domingo 8 p.m.**
- 29** **La Bestia**
- 36** **Lo que soñó la novia del Hombre Lobo**
- 40** **La princesa de la luna
o una historia de Ajijic**
- 66** **Miguel y la golfina**
- 74** **Latido**
- 80** **Los pavos y aquellos días**



Prólogo

Querida lectora, querido lector:

Cuando propusimos a don Fernando del Paso que esta colección de narrativa llevara su nombre, sugirió que mejor se la llamara “Caminante”, en alusión al poema de Antonio Machado. Generoso como era, quiso compartir con nuestros estudiantes de la UdeG una serie de lecturas que les animaran y contribuyeran a su gusto por la lectura. Alcanzó a elegir los primeros veinte títulos. Sirva la continuidad de esta colección Caminante, que también lleva su nombre, como un merecido homenaje y agradecimiento por su legado.

Vivimos una época en la que los radicalismos se vigorizan y acentúan; la intolerancia, la falta de respeto y reconocimiento a la otredad se muestran sin pudor en forma de xenofobia, racismo, homofobia o misoginia; el estigma es su raíz y la violencia su manifestación en diversas formas. En el caso de las mujeres, pese a que representamos la mitad de la población, existe una marcada inequidad en todos los ámbitos, y se padece violencia de muchos tipos y que tiene su culmen en los feminicidios. Educar en la integración, la igualdad, la inclusión y el respeto implica reconocer las diferencias,

las inequidades, dar la voz y empoderar a quienes han padecido la invisibilización y el silenciamiento.

Por ello, celebro que la poeta y escritora Carmen Villoro Ruiz, en tanto coordinadora de esta colección, haya sugerido que los diez títulos que ahora presentamos sean las voces de escritoras mexicanas contemporáneas; propuesta que fue acogida con gran entusiasmo por el Comité Editorial de Letras para Volar: “Se trata de la mujer de nuestro tiempo: inteligente y crítica, sensible y propositiva”, Carmen *dixit*. De este modo, damos voz, empoderamos, visibilizamos y educamos en la equidad e integración. Sirva esta decisión también como un homenaje a Lucinda Ruiz Posada, cuyo activismo intenso por la justicia social brilló bajo la intensa luz de la discreción.

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

*A mis hijos, Miguel, Andrea y Daniela
Para Marina, Chavo, Zazil y Juan Pedro*

*¿Oh, qué tierra es la Tierra de los Sueños?
¿Cuáles son sus montañas, y cuáles sus ríos?
¡Oh, padre! Allí vi a mi madre
Entre los lirios, junto a las bellas aguas.*

William Blake

Coprolitos

Ese día, un domingo, mi papá me había invitado a hacer una excursión para buscar fósiles. Tenía que llevar a un par de paleontólogos extranjeros a recorrer los lugares de donde venían los fósiles que ya les había mostrado en el amplio salón de su casa. Les había enseñado con orgullo los ejemplares más importantes de su colección, el verdadero tesoro de sus largos años de estudio y análisis, una parte de todo el material fósil que guardaba en cajas de madera perfectamente ordenadas. El objetivo era llevar a los científicos americanos a los alrededores de Chapala, en especial a los parajes de la laguna seca de Sayula, cerca de Zacoalco de Torres, para que pudieran buscar y explorar en ese sitio. Nos estacionamos en un terreno baldío y empezamos a caminar sin rumbo fijo, el grupo se dispersó un poco, dando vueltas. En un momento de silencio, caminando junto a él, le dije:

—Papá, ¿sabes?, quizá se publique mi libro...

—¿Cuál libro?

—El de poemas, papá, te acuerdas que te conté...

—Ah, sí, sí... Tú que escribes, deberías escribir relatos o una novela. Escribir, lo que se dice escribir. Yo recuerdo de joven cuánto me gustaron las historias extraordinarias de Edgar Allan Poe y ni se diga la historia de Tarzán de la selva..., veintidós tomos de aquellas aventuras increíbles...

—Sí, me contaste alguna vez la historia de Tarzán, con todos los detalles que recordabas...

—Edgar Rice Burroughs, ¡qué imaginación! —dijo con un suspiro como si algo se hubiera perdido en la arena y sus ojos ya no tuvieran ningún descanso.

Caminábamos bajo el sol potente de las doce del día, sobre terreno desértico, en los alrededores de la nada, contenida por una cerca de alambre. Atrás de nosotros venían los dos científicos americanos y un estudiante de biología, Rubén. Yo había decidido unirme al grupo para conocer el lugar, ya que siempre que escuchaba decir a mi padre “las playas de Sayula” o “las playas de Zacoalco” me hacía pensar en amplios espacios de arena y mar, y por eso esa mañana caminaba yo con él, sudando y sintiendo el viento caliente en la cara, consciente de que no habría ningún mar, salvo en mi imaginación.

Se veían montañas a lo lejos, grises y enormes recorriendo el horizonte. La inmensidad de la distancia, con algunos montes y desniveles, no tenía más vegetación que algunos arbustos chaparros, huizaches quebradizos, piedras, tierra y basura dispersa. El cielo azul y los rayos del sol sobre nosotros. El polvo que volaba y se nos pegaba al sudor. Caminábamos con los ojos bajos buscando algo que bien a bien no sabíamos qué era (al menos yo no lo sabía, ellos sí). Yo caminaba con él, que parecía estar feliz. A cada paso se apoyaba con un bastón que terminaba en una especie de cuchara de lámina para levantar piedras. Del viejo cinturón alrededor de

su cintura colgaba una cantimplora grande y abollada. Bajo su sombrero de ala ancha, sus ojos seguían buscando en la arena.

—Yo recuerdo... —dijo, como continuando una conversación pendiente, mientras fijaba la vista en un montículo de pequeñas rocas y levantando una bolsa de plástico verde—. Recuerdo que de joven leí *Carson de Venus*, también de Edgar Rice Burroughs, ¡qué aventuras tan fantásticas! El capitán Carson Napier buscaba llegar a Marte y, por un error de navegación, aterriza por accidente en Venus y encuentra que, entre la capa de nubes que rodeaba al planeta, existían bosques de árboles altísimos que rebasaban esas nubes, y entre las ramas se había consolidado toda una civilización. Y Carson, por supuesto, se enamora de la princesa Duare... Fíjate que, en el tiempo de Burroughs, no se sabía que las nubosidades alrededor de Venus no eran nubes, no era vapor de agua, sino gases letales: imposible que existiera vida como él la imaginó.

—Yo recuerdo que me prestaste el de *John Carter de Marte*, que por cierto me gustó bastante..., pero te decía de mi libro...

—Ah sí, los poemas..., pero qué curiosos son..., a mí a veces hasta risa me dan, con las extravagancias que se puede uno encontrar... ¿Recuerdas aquel libro que se llamaba *Poemas para pepenar en frío*? —Se detuvo de golpe y dijo—: Mira, mira este pequeño hueso retorcido, ¿lo ves?

En ese momento encajó su bastón-cuchara en la arena, lo cogió, lo acercó a sus ojos y lo examinó. Aquello parecía un pedazo de coral, blanco y curvo.

—Es un coprolito, un fósil de las heces fecales de algún pájaro.

Los americanos y el estudiante se acercaron corriendo. Al ver aquel minúsculo pedazo de fósil, sus ojos se agrandaron y quedaron fijos en la palma de mi padre.

—*Yes, yes!* —dijo el doctor americano, con una cara larga y flaca y una sonrisita disimulada que intentaba ocultar una pasión descomunal—. *It's a coprolite, let's search around here* —concluyó, tirándose en la arena junto con Katherine, su compañera paleontóloga. El joven estudiante, Rubén, se quedó mirando el objeto blanco, lo cogió de la mano de mi padre y lo examinó un rato más.

—Entonces, ¿es popó de pájaro? —le pregunté bajando la voz. No quería romper ese emotivo instante en los ojos de Rubén. El presente tocado por un pasado remoto. Nosotros aquí alrededor del popó que hizo un pájaro hace treinta mil años.

—Sí, eso parece, aunque también puede ser de algún reptil.

A partir de ese momento, mi padre, los americanos y el biólogo se zambulleron en la arena y la basura. Los cuatro quedaron en éxtasis, ellos a gatas y mi padre de pie levantando pedazos de plástico, removiendo pañales viejos, botellas de cloro, y recogiendo coprolitos. Cuando empecé yo también a buscarlos entre la arena,

me di cuenta de que estábamos rodeados de ellos. Un lugar lleno de popó viejísimo. Popó blanco.

Los americanos llenaban sus bolsas de lona con estos pequeños fragmentos. Yo también fui llenando una bolsita improvisada. Quería participar de aquel interesante evento, me sentía muy sorprendida por el enorme éxito de la misión. Pasaron las horas, la tarde empezó a introducir su luz dorada y el viento silbaba con mayor fuerza. Nos dispusimos a regresar.

Primero llegamos al centro de Zacoalco de Torres, a buscar agua. Caminando de regreso, a la vuelta de una esquina encontramos tres enormes saguaros, muy imponentes cactus absolutamente bañados en polvo pálido. Nos quedamos mirando aquello, de pronto parecían seres de otro planeta. Mi padre dijo:

—Mira, esas de arriba son las pitayas, es increíble que de una planta tan hosca, espinosa y opaca pueda surgir un fruto tan colorido y alegre —y en efecto, en lo alto del cacto se veían varias bolas de mediano tamaño, de cáscara rugosa y del mismo color que el tronco.

Yo pensé en *Carson de Venus*, y lo maravilloso que sería un bosque de saguaros alcanzando las nubes.

En la camioneta todos íbamos mirando el tesoro encontrado. Los gringos cuchicheaban, con ojos contentos. Mi padre miraba la carretera con mirada satisfecha. Al revisar mi bolsa de fósiles, recuerdo haber pensado en el mar. Los coprolitos parecían pedazos de concha y caracol. Pálidos y curvos. Pulidos por el

tiempo, tallados por interminables ráfagas de viento y arena.

Delante de nosotros iba un camión haciendo un ruido de motor averiado, era grande, un camión de basura. Los desechos formaban una montaña que aplastaba al vehículo, que se deslizaba trabajosamente, dando tumbos. En eso empecé a notar cómo la basura se derramaba y caía alrededor y volaba por los campos que la carretera atravesaba. Resultaba que el camión recolector en realidad repartía la basura por los matorrales y el llano. Bolsas de plástico de colores salían por los aires y se arremolinaban entre los arbustos.

Acariciaba los coprolitos pasando los dedos entre sus curvas. Pensé en mis poemas mientras mi mente flotaba alejándome y acercándome al paisaje. Graciosas y extravagantes líneas de palabras, fósiles de vida pasada que había que encontrar levantando piedras y sacudiendo la arena. Quise abrir la boca y comentarle a mi padre que en la portada del libro me gustaría una foto de las playas de Sayula, pero no lo hice.

Parque Alcalde

Amalia caminaba lentamente por las veredas derruidas del viejo parque, empujando el carrito en el que llevaba a su bebé de seis meses. La perpleja mirada de Pablo se perdía entre enormes jacarandas que filtraban la luz intensa del sol. Eran las cinco de la tarde y había poca gente. Amalia hacía sonar sus tacones por el camino, anunciando con el ruido su presencia, en aquel ambiente poco poblado y silencioso. Pablo parecía tranquilo y con un chupón en la boca observaba con seriedad la enramada en lo alto y los pájaros. Amalia se detuvo en una banca y se sentó, colocando el carrito de Pablo junto a ella, mirando niños correr, hombres que leían el periódico y algunas madres persiguiendo pequeños o comprando dulces.

Estiró las rodillas, un dolor en la espalda la aguijoneó, tenía tanto sueño. Sacó de su bolsa el libro de Sarah Kirsch y lo abrió en la página señalada. Leyó tan sólo la primera línea: “¡Cómo me persigue!”, “su grito me empuja hacia adelante veinticinco borascas por segundo...”. Sus ojos se cerraban, se ladeaba su cabeza, los últimos meses había dormido muy poco. Su sueño era comúnmente interrumpido por Pablo que despertaba varias veces durante la noche. Sentía un picor en los ojos y sus párpados caían como pesadas cortinas os-

curas. Soñaba cuando levantó los ojos del libro y observó a una mujer que pasaba frente a ella con un bebé en brazos, cuyo rostro parecía decir: Aquí está mi hermoso fruto recién cortado, nuevo y glorificante. El vestido azul y el pelo negro desaparecieron entre las sombras.

Amalia sintió sus párpados cerrados y empezó a imaginar una inmensa playa vacía, donde largas olas tardaban varios minutos en llegar a la orilla, para luego retroceder. Ella, sentada cerca de la espuma, observaba un grupo de gaviotas pasar al ras del agua. Sus pies inmediatamente se enterraron, jubilosos, en la arena. De pronto, apareció otra vez el semblante dichoso de la mujer vestida de azul, ahora con sus piernas chapoteando en el agua, con su pequeño envoltorio a cuestas. La expresión de la mujer era decidida y el resoplido de su respiración parecía un motor alegre y fatigado.

La luz era tan hermosa que Amalia abrió los ojos, asustada. Pudo ver otra vez los árboles y las bancas frente a ella. Su bebé pacíficamente se chupaba la mano cerrada. Un hilo salivoso caía de su boca y resplandecía como una cana plateada. Volvió la mirada al libro y la página blanca la regresó a la playa, su visión desfalleció con lentitud. Entonces, descubrió a un bebé depositado en la arena entre suaves mantas que jugaba con sus manos, abriendo y cerrando los ojos y emitiendo entrecortados balbuceos. El bebé estaba solo, no había ninguna mujer alrededor. Amalia buscó a la joven madre de prisa, recorriendo la curva de la arena hacia un lado

y al otro, con urgidas pupilas. A lo lejos pudo ver una figura azul que se perdía en la inmensidad. La mirada de Amalia regresó al bebé, que succionaba sus dedos y con movimientos imprecisos descubría el resto de su cuerpo desnudo. Inmediatamente se sintió atrapada, arrinconada en el espacio abierto. No lo pensó, supo que levantaba al bebé y corría detrás de la figura que se perdía en la distancia. Iba trotando contra el viento, apretando contra su pecho el bulto enmudecido. Pensó que podía ser su hijo Pablo, casi del mismo tamaño.

Asustada abrió los ojos de pronto, con el corazón dando de brincos, allí estaba Pablo, sentado tranquilamente junto a ella, mordiendo furiosamente su pequeño elefante de plástico. Amalia respiró despacio y agradeció la existencia del elefante de plástico. Su retorcida trompa gris se contorsionaba entre las encías del niño. El latir de sus venas retomó de nuevo su ritmo normal. Se obligó a seguir leyendo, tratando de mantener los ojos abiertos "... todo el día, la tarde y hacia la noche. Vengo al mundo, canto ante él". Dejó la lectura al sentir en su pecho el peso y el calor de un montoncito de carne. Su cabeza se inclinó hacia atrás. El cuerpo de Amalia reaccionaba al ritmo del sueño. Seguía corriendo, chapoteando en la arena húmeda, y la figura de la mujer se agrandaba, acercándose un poco más a cada paso. Empezó a distinguir su vestido azul y sus piernas que marchaban como un soldado.

Le gritó con la energía propia de la preocupación, pero el viento se llevó sus palabras, que quizá sólo el mar

escuchó. Le parecía que cargaba a un bebé de plomo, sintió correr el sudor pegajoso y caliente por su cara. Por fin, llegó hasta ella y cogiéndola del brazo le dijo jadeando: “Oye, oye, ¡se te olvidó el niño, aquí está tu bebé!”. La mujer se detuvo, su cabello volaba alrededor del rostro, sonrió, hermosa como la protagonista de una película, y con una expresión tranquila, le contestó: “Ya no puedo cargarlo, por eso lo dejé ahí... no puedo con él... me pesa demasiado”. No había emoción en sus palabras, sólo una simple certeza, plana y lúcida. Amalia no contestó, respiraba penosamente. Se miraron ambas con asombro algunos segundos. “¿Que no puedes cargarlo? Pero es tuyo, lo tienes que poder cargar... las fuerzas naturales deben corresponderse...”, se oyó decir dentro de un paisaje pálido y ardiente. La mujer dijo: “Ya lo decidí, te digo que ya lo decidí... se lo cedo al mar, o a ti, si tanto te preocupa, quédate con el niño”. No esperó la respuesta y se fue caminando sin decir nada más.

Amalia se sintió paralizada y sólo deseó estar muy lejos. Sin embargo, algo la jalaba, y como las olas en la playa, algo que sólo se alejaba para regresar. Allí estaba ella, frente al mar, con un bebé extraño en los brazos y pensando con rapidez. Pero sus pensamientos eran ya pronunciaciones derrotadas o fragmentos de emociones que se rompen inevitablemente. El bebé le pesaba tanto, sus brazos tensos latían entumecidos, lo miró, un redondo rostro de cuatro o cinco meses, sus ojos oscuros parecían pozos hondísimos donde brillaba un

despierto farol central. Sus cabellos apenas señalaban su futuro color avellana. Amalia vaciló, y se sentó en la arena. No había nada ni nadie alrededor. Un desierto de arena y agua, la extensa curva del cielo. La rabia moría en su interior, y en su lugar nacía el miedo. Miró su reloj y vio una sonrisa desdentada en lugar de las manecillas. Tenía sed y calor.

Dejó al bebé acostado entre las cobijas y se levantó, caminó hacia donde había desaparecido la mujer y no retrocedió. Un grito infantil le llegó por atrás como una flecha, pero no movió la cabeza: pisaba huellas de pájaro endurecidas en la arena. El viento mecía, sin querer, su corazón. El paisaje con su poder liberaba su angustia, mientras seguía su andar punzante y a la vez definitivo. Se sentía flotar, se sentía casi feliz. Otro grito más fuerte, un alarido intenso y continuo. Se detuvo y volteó, una pequeña cabeza se agitaba, lágrimas corrían por las pequeñas mejillas asustadas. La arena bajo sus pies la atascaba, le impedía sentirse ligera, suelta, desinteresada. Se forzó a continuar, se sentenció de un tajo a abandonar aquel cuerpo infantil en la arena, y paso a paso su resolución se definía, paso a paso su corazón se vaciaba. Escuchó un chillido, un alarido estremecedor. Su impulso era ahora total, corría con un alivio desenfrenado, con las manos sueltas. Abrió los ojos cuando Pablo lloraba con desolación, buscando su elefante, que había rodado por el suelo.

Caminó hacia la salida del parque. Sus piernas la transportaban entre bancas solitarias. Empujaba el ca-

rrito del bebé, mientras su libro, dentro de la bolsa colgada de su hombro, chocaba una y otra vez con su cadera. Ella observaba los árboles con una nueva paz. Se había quedado profundamente dormida unos minutos, no recordaba nada en claro, pero por ciertas borrosas visiones supo que había soñado. Haciendo un enorme esfuerzo por jalar el hilo fragmentado de la imagen, pudo ver una playa desierta bajo un inmenso cielo pálido, sin ninguna nube. ¡Qué hermoso sueño! Y se sintió invadida, colmada por un extraño y nuevo alivio.

Domingo 8 p.m.

A Daniela

Mamá, quiero que me cuentes un cuento donde una niña se pierde por un camino de muchos pinos. Que no sea de esos cuentos en que aparece un hada buena que llega con su vestido azul y le canta canciones a la niña y le hace prometer ser buena, cuando la niña en realidad quiere ser un poco mala y correr por el camino muy lejos, donde existan árboles gigantes y sin ojos. No me gusta que los árboles tengan ojos porque entonces ven a la niña que se porta mal, la ven y la persiguen sin moverse y parecen animales feroces que de noche se prenden como focos. Yo quiero que la niña pueda irse contenta, y que después encuentre a un perico de muchos colores que la acompañe a mojarse en el lodo, y se meten a un río y nadan encuerados porque se les olvidó el traje de baño y hacen pelotas de lodo y se llenan la cara y no les importa limpiarse. Después, sucios y alegres atraviesan el campo y encuentran el castillo dorado. Quiero que me cuentes cosas que pasaban dentro del castillo, porque era un castillo precioso que nadie veía más que la niña y el perico. Nadie lo podía ver porque era sólo para niños pequeños y sus mascotas. Cuéntame, mamá, ¿qué pasaba adentro?

Que no haya reyes ni reinas, ni siquiera princesas, la verdadera princesa era la niña, aunque estaba sucia y despeinada, pero a nadie le importaba eso. No había mamás, ni abuelitas, sólo unos enanos verdes que corrían como conejos escondiendo tesoros en el jardín. Era el jardín de aquella película, ¿te acuerdas...? Había columpios altísimos que subían más arriba que los árboles, podías tocar manzanas con la punta de los pies y casi tocar las nubes. En ese lugar los enanos ya habían escondido el tesoro cuando llegó la niña, y al principio no la veían porque era niña y chiquita y no llevaba vestido de princesa. Luego aparecía el monstruo morado, que era como un lobo, pero más alto, con más dientes y con uñas larguísimas. Ese monstruo asustaba a los enanos, que lloraban y brincaban, queriendo meterse debajo de las piedras. El monstruo rugía muy fuerte, abría la boca y enseñaba una lengua que chorreaba agua negra. Y todos se escondían detrás de los árboles. Él se acercaba a las flores, las arrancaba y se las comía haciendo un montón de ruidos. Se comía las rosas con todo y espinas y las buganvillas y esas flores blancas de piquitos que te gustan a ti. Todos tenían miedo, imaginándose mordidas en las piernas y los brazos. Después de masticar pétalos y pétalos, empezaba a comerse mariposas y arañas. Les arrancaba las patas y una por una se las tragaba. Y nadie podía salvar a los enanos. La niña que no parecía princesa le decía al monstruo que podía comer todas las arañas que quisiera, y tam-

bién las flores. El monstruo rugía y a la niña le gustaba que rugiera. Tenía un poco de miedo, pero se aguantaba. Después los enanos le traían flores al monstruo, así se salvaban, y el loro cazaba las mariposas y se las regalaba de postre. Y después de comer tanto, el monstruo se dormía. Entonces, la niña y su loro buscaban el tesoro. Quiero que me expliques lo del tesoro. No era una caja, sino muchas cajas, y que me digas qué había en esas cajas, porque era algo precioso que los enanos habían juntado durante mucho tiempo, especialmente para niñas. No había dinero, ni esas monedas gordas que no sirven para nada, ni para meterlas en las maqui-nitas. Eran tesoros envueltos en papel y algodón y no era demasiado difícil encontrarlos. El perico encontró una caja entre el zacate y las flores rotas. La niña encontró otra en un agujero en la tierra. En una, había joyas muy bonitas, de esas que brillan mucho aunque no te las pongas. Verdes, rojas, azules y algunas transparentes con chispitas doradas. La niña quería llevárselas a su casa, y se sentía feliz de haber encontrado algo tan maravilloso. La caja del loro tenía vestidos de niña, un vestido como el de piel de asno, que era color del tiempo, y tenía nubes que se podían ver cuando le daba el sol y tenía también gotitas de agua colgadas que se movían y un arco iris y hasta nieve que caía en forma de espinas transparentes. La niña le preguntaba a los enanos si se podía llevar todo a su casa, pero los enanos la miraban con cara muy triste y le decían que si

se llevaba el tesoro, el castillo desaparecería. El castillo servía para tener un tesoro. Un castillo sin tesoro, le decían, no es castillo. ¿Y qué decía la niña, mamá? ¿Qué crees tú que decía? La niña no era tan mala, y decía bueno, pues, les dejó todo lo que me encontré, además como no era princesa de cuento sino princesa de verdad, sabía que no podía ponerse esas ropas y esas joyas, ese tesoro era sólo para encontrarse, para buscarlo y para verlo salir de dentro de la caja. ¿Con tantos anillos cómo iba a poder bañarse en un río? El monstruo se despertaba antes de que la niña se fuera, y empezaba a gruñir y a lanzar chillidos horribles, todos se asustaban y corrían, y después se metía a su cueva con un rugido final. Cuéntame cómo regresó a su casa y qué le contó a su mamá.

La Bestia

Llegué al cruce de Arcos e Inglaterra, me paré frente al semáforo en rojo, justo antes de cruzar las vías del tren. Luego avancé y, al llegar al punto más alto de la vía, me detuve unos segundos más y me quedé justo allí, miré hacia un lado y al otro. Se veía un largo camino que en la distancia terminaba en una ligera curva, los rieles se empequeñecían a lo lejos, algo de humo distorsionaba la claridad del momento y algunos árboles bordeaban la vía, como si se tratara de un arroyo. Pensé en un guardagujas saltando con su pequeña lucecita roja, pero para traer al personaje hubiera, sido necesario un poco más de bruma y tiniebla en realidad lo que vi fueron uno, dos, tres, cuatro caminantes cargando sus mochilas. Se veían estas figuras empañadas, algunos de pie y otros sentados, como si fuera un alegre convivio alrededor de una fogata.

Me quedé mirando el paisaje infinito del carril, el humo, los árboles y el sol. Las nubes y un cielo casi transparente. Fueron unos instantes antes de que alguien tocara el claxon y yo tuviera que avanzar.

Recordé las palabras de Andrea, de la semana pasada. Ese día me dijo: “Mamá, voy con mis compañeros de la escuela a tomar algunas fotos del tren, de La

Bestia, el que toman los migrantes para llegar a Estados Unidos, ¿ya sabes cuál, no? ...”.

En aquel momento, como viniendo de otro mundo, me llegó la imagen del tren que yo conocí hace años. Recordé los viajes al norte en el tren de pasajeros que existía cuando era niña. Fuimos a Los Ángeles, con mis padres y hermanos. Mi rostro pegado al cristal de la ventana, contando los innumerables túneles que oscurecían por segundos el vuelo del vagón. Y luego, en el salón comedor, esperando, que el mesero nos trajera la comida, los manteles blancos y el movimiento acompasado que hacía que los vasos y los platos vibraran. Aquel viaje hacia Mexicali fue dos días de aventura y deleite constante, sentí la facilidad con que la mente se desplaza al pasado remoto. Por eso también recordé que más adelante, de adolescente, tomé el tren al norte otra vez, con dos amigas de la preparatoria. En aquella ocasión, nos quedamos parados por seis horas en el desierto, por una avería en el motor. Recuerdo el calor insoportable y una inquietante espera. Después de largos sudores, el tren pudo de nuevo arrancar, como un animal que hubiera decidido levantarse de su letargo, y el *porter* que llegó al camerino con algo de agua, nos invitó a pasar al salón comedor. La enorme máquina caminaba, y otra vez el paisaje continuo de las ventanillas al ritmo de la velocidad.

Además, en aquellos tiempos se podía viajar al DF en el tren. Era delicioso llegar a la estación en la noche y,

luego de la cena, pasar al salón fumador, prepararse para dormir en aquellos pequeños compartimentos donde el silloncito se convertía en cama, y el movimiento de los vagones era un singular arrullo. En la mañana, se podía desayunar mirando por la ventana los alrededores de México, y llegar muy temprano con el aire fresco de la ciudad. Todo aquello ya había desaparecido, los trenes de pasajeros se extinguieron. Ahora lo que existía era La Bestia, y los pasajeros eran los migrantes que viajaban en él.

Mientras estas imágenes se precipitaban en mi cabeza, Andrea continuó.

—Sabes, ¿no?, sobre ese tren... Y es que ya fui con mis compañeros a donde ellos se juntan, porque pensé que podría sacar algunas imágenes para la clase de fotografía. Yo sabía que tenía que concursar con una, para las actividades de la escuela. Ese era el objetivo. Pero el tren, mamá, el tren me impresionó, es enorme. Es rojizo y muy alto. Estuvimos conversando con algunos migrantes sobre esto. Nos invitaron a sentarnos con ellos. Primero me puse un poco nerviosa. Quería tomar fotografías de sus caras, pero no sabía cómo pedirles permiso. Así que primero dejé a un lado la cámara, y nos pusimos a escuchar sus historias. La verdad es que sus rostros estaban muy sucios, angustiados, pero había algunos que eran muy bonitos. Conocí una familia hondureña, todos con la piel negra, con rastas y los ojos brillantes, con una forma muy rara de hablar.

Según ellos cuentan, lo más difícil es subir al tren cuando está en movimiento. Dicen que el tren aumenta la velocidad cuando llega a la ciudad, precisamente para que no puedan subir. Primero, tienen que lanzar las mochilas al techo del vagón y luego correr, dar una larga zancada, dar el salto. Esto les produce terror, ya que es muy alto el barandal que deben alcanzar para sujetarse e impulsarse hacia arriba.

Uno de ellos, más callado, me dijo, con la voz quebrada, que había logrado aventar su mochila, pero cuando trató de subir, no lo logró; lo hizo varias veces y acabó rodando por el suelo entre piedras y grava. Y se le fue el tren, junto con sus cosas. Al final, lo poco que poseía se había quedado en el techo del vagón, que se había ido con el resto de sus compañeros. Él se quedó aquí, sin nada, ni un solo peso. Ahora tenía que esperar el próximo, y buscarse algún dinero.

Había otro que nos contó que le tocó conocer a una familia de tres personas que lanzaron sus bolsas con tanta fuerza que cuando subieron al tren se dieron cuenta de que sus mochilas habían volado tan alto que aterrizaron al otro lado de la vía, y sus pocas pertenencias se habían perdido, viajaban sin nada.

Otros contaron que lo peor del viaje es la temperatura del techo de los vagones, donde ellos van sentados, en grupos: se pone muy caliente durante el día y muy frío por la noche. Es lámina, o acero, imagínate mamá, necesitan unos buenos zapatos, de otra manera se que-

man los pies. Me decían mucho eso, se les queman los pies. Por eso me pidieron tenis viejos, que si yo tenía algún par que pudiera darles. Pasé el día con esa preocupación de los tenis, mamá, ¿tienes algunos que les pueda llevar?—.

Yo aún seguía con la mente en los vagones que había conocido de niña y de joven. Carros color verde oscuro, o grises, que con elegancia contrastaban con el uniforme blanco del *porter*, que se asomaba desde la escalerilla para ayudar a subir las maletas. Estos dos trenes chocaron en mi cabeza. Qué distancia tan larga entre los dos, y qué contraste.

—¿Unos tenis...? Tengo mis tenis viejitos, pero...

—Sí, esos, gracias mamá, además tú casi nunca te los pones. Es muy importante que les lleve algunos. Me causa tanta angustia saber lo caliente que se pone la lámina. Me cuentan que, además, fíjate, se tienen que amarrar cuando están arriba. Se amarran a los salientes que encuentran en el techo. Yo sólo de imaginarme eso me muero de miedo; se sujetan lo más fuerte que pueden porque en la noche, al quedarse dormidos, se pueden caer —.

Después de un silencio, hablé:

—Comprendo, puedes llevarte mis tenis —y mientras lo decía recordaba a Ulises amarrado al mástil de su embarcación para evitar el encanto de las sirenas. En La Bestia, se amarraban al techo para evitar que el sueño los llevara directamente a la muerte, y no había encantamiento ni voluntad que evitara la catástrofe. A lo mejor

soñaban con un río de billetes verdes que cambiara de tajo el rumbo de su destino, la humedad mágica de lo posible, un reverdecimiento en la pobreza que cargaban, mientras el tren ardía atravesando el desierto.

Cuando crucé las vías tenía esto en la cabeza, me palpitaba el cuerpo al recordar. Tantas veces se me habían acercado a pedirme un peso. Ahora comprendía de qué manera La Bestia se cobraba el asalto sobre su lomo.

Un par de semanas después, estaba yo comprando verdura en el tianguis. Llevaba tres bolsas de plástico con jitomates, cebollas y aguacates. En esos momentos sonó mi celular. Dejé en el suelo el mandado y contesté.

—Bueno...

—¿Andrea? ¿Eres tú?

La comunicación era mala, y la voz entrecortada me decía:

—Andrea, ¿mijita?, ¿mija?

—Disculpe usted, este no es el celular de Andrea, yo soy su mamá...

—Mijita, gracias, gracias, ¡ya estamos del otro lado! ¡Estamos acá! Gracias por todos tus regalos, mamita, el viaje fue largo, pero te lo quería decir... Pudimos cruzar, ¡ya estamos al otro lado! ¡Ya estamos del otro lado! Y esperemos que la buena ventura nos siga acompañando... Quédate tranquila, mi niña...

Y la comunicación se cortó.

Había en aquella voz una sensación de victoria absoluta. Un nuevo contraste sacudió mi cabeza. ¿El hom-

bre había triunfado sobre La Bestia? ¿Triunfó sobre la *migra*, el calor y el desierto? Me imaginé la travesía larga, poderosa y de inconmensurable sufrimiento. Pero, luego, aquel triunfo como una perfecta gota de agua. La voz de aquel sujeto acompañó a la imagen de mis tenis en el techo del tren cruzando los terrenos, los llanos.

Lo que soñó la novia del Hombre Lobo

La habitación surcada por ondas luminosas parecía un estanque inmóvil. Súbitamente el Hombre Lobo abrió los ojos. Sus pensamientos dispersos intentaban alcanzar algo indefinido. De la ventana le llegó una ráfaga de aire frío que acarició su rostro, y sus ojos chocaron de golpe con la luna, que dejaba caer sus rayos blanquecinos. Un escalofrío atravesó sus miembros: podía sentir esa luz en cada músculo, y luego la sentía brotar de sus piernas y de sus brazos, enraizada con firmeza en sus entrañas. Pensaba en ellas. Ellas y la luna eran lo mismo, o era que su instinto las confundía.

Empezó a percibir un movimiento en su cuerpo, en la piel. Ya conocía este poder que le venía de su palpiar nocturno cuando había luna llena y también cuando no había. Le brotaba de su vello espeso una cierta elegancia, era eso lo que él creía. Luego se miró en el espejo del cuarto y pensó que su rostro era realmente hermoso, su largo pelo enmarcaba unas pupilas decididas, afiladas. Con la respiración entrecortada, abrió la boca y escaparon algunos gruñidos. Cómo le gustaba saborear el poder de su cuerpo y su alargada figura, como si él fuera la raíz más oscura y clara del mundo. El Hombre Lobo parpadeaba y a través del cristal de la

ventana miraba la ciudad a lo lejos. Aquellas pequeñas luces le esperaban. Había en él una gran inquietud, un gran impulso a punto de desbocarse y derramarse en la sombra. En ese momento, sonó el teléfono.

—¿Eres tú? —dijo la voz somnolienta de ella—. Oye, estaba soñando contigo...

—Pequeña mía, a estas horas de la madrugada... Dime, ¿qué soñabas? —preguntó él.

—Fue un sueño tan extraño, tan fuera de lugar... por eso te llamo, sentí que tenía que hacerlo, me sentí preocupada por ti...

—Cuenta... —dijo el Hombre Lobo, preparándose para escuchar, sentado en la cama, acariciando el pelambre fresco de su pecho.

—Soñé que íbamos caminando juntos, tú y yo, pero curiosamente tú eras un diminuto cachorro, un perrito precioso, con el pelo negro y brillante, que jadeaba junto a mí. ¡Sentí que tu pequeñez era algo muy grande en mi corazón! Caminábamos por la calle de Moneda, ¿la recuerdas?, con sus viejos edificios mudos y angulosos... y andabas con prisa para mantener mi paso. En eso, llegábamos a la Plaza Loreto, que por algún motivo estaba desierta. Ese lugar tan lleno de gente, en ese momento era puro silencio vacío. De pronto, entrábamos a un restaurante y apareció un mesero y nos llevó a una mesa que nos esperaba bajo la luz intermitente de una vela. Trajeron dos copas y una botella de vino rojo y espeso. Cuando el mesero sirvió las copas nos vimos a los ojos, y

había cierta furia, como si quisiéramos atrapar un destello indescifrable, era el relámpago que nos unía, pero no hubo conversación. No había palabras. Por eso empecé a balbucear, para llenar eso que no se llenaba, un vacío incómodo que nos encerraba como en un puño. Te pregunté cualquier cosa, pero tú invariablemente gruñías al ritmo de mis preguntas, mientras tanto tu hocico buscaba meter la lengua en la copa, tirándola una y otra vez. Yo me concentraba en reconocer tu alma canina y quería suponer que éramos, al menos, dos viejos amigos.

Salimos a la calle, tú trotando y yo arrastrando las rodillas. Llegamos a un inmenso edificio de altas paredes, no sé exactamente a cuál, pero se parecía a la vieja Escuela de San Carlos. Las esculturas blancas se percataban, mudas, de nuestra presencia y se desprendía de los rincones un olor a aguarrás y a miados de gato. En aquel oscuro patio levantaste la nariz hacia la cúpula, como queriendo olfatear más allá de aquellos muros despintados. Entre las columnas, caminaste en círculos ante mi semblante intrigado y luego te echaste a dormir. Pero yo no quería que te durmieras y te jalé para que despertaras. Pregunté a dónde querías ir y ladraste, pregunté por qué ladrabas y ladraste otra vez. Te pedí a gritos un poco de comunicación, un lenguaje común con el cual entendernos. En eso, apareció un hombre despeinado, diciendo que nos fuéramos de allí, ese era un lugar de arte, de silencio y no era hora de estar haciendo bullicio.

Cuando salimos, nos encontramos súbitamente en medio de una turba, una multitud iracunda, ruidosa: era una manifestación de mujeres. Estábamos rodeados por cientos de ellas, puños en alto y pancartas contra la violencia y decían: “¡Ni una más!”. Gritaban, “¡Ni una más!”. El enojo de las voces crecía, y yo en ese momento quise gritar con ellas al sentir el ardor de la rabia, pero cuando estaba a punto de levantar la voz, me encogí de pronto pensando en ti, temerosa de que te pisaran, temerosa de perderte, hasta pensé que podrían matarte, te levanté y te abracé... me escabullí entre rostros, cbelleras y resoplidos, te llevaba pegado a mi pecho. ¡Lo que quería era protegerte de todo aquello! Tu pequeñez me impulsaba a envolverte entre mis brazos. Serían mis pálpitos maternos o la fragilidad de tus ojos. Caminaba ya cerca de la catedral cuando de pronto, con el peso de tu cuerpo todavía tibio en mi estómago, desperté.

El Hombre Lobo infló su pecho, acariciándose el pelo. Una leve sonrisa revoloteaba entre sus dientes.

—Soy y seré un cachorrito para ti, mi querida Sandra... —dijo mientras su instinto lo llevaba junto a María, alrededor de Rosalba, pegado a Nancy, y detrás del cuello de Lucrecia. Su recuerdo se aventuraba hacia atrás, justo cuando sus músculos se dibujaban en el espejo. Y observó en sus propios ojos lunares desenvolverse una futura desgracia para alguna de ellas, que por ahora sólo lo llenaba de inspiración.

La princesa de la luna o una historia de Ajijic

Pudo haber sido que algo como lo que sigue comenzara en algún lugar cerca del pueblo de Ajijic, en una de esas casas donde viven los americanos jubilados y que están en las faldas del cerro y miran directamente a la cuenca del lago. Pudo haber sucedido que así naciera en una muy vieja mujer un insólito e intenso deseo, y así, entre la vigilia y el sueño, surgió una obra de *ballet* que generó en los que vivimos su travesía, una huella imborrable.

El sueño de Sara

Sara soñó que al regresar su hermano ambos danzaban girando bajo las estrellas. Ella le prometía, le juraba volver a él desde otro mundo. Sara se adentraba en sus ojos y le tocaba la frente y las manos. Su cara estaba enmarcada en el follaje de la noche, donde las ramas oscuras y tambaleantes parecían enormes plumas verdes.

Debajo del viejo algodón de las sábanas, Sara intentaba recordar el reciente sueño. Encontraba fragmentarias visiones alrededor de un hecho que la dejaba trémula de

emoción remota. Allí estaba su hermano Fedor, llamándola con tristes ojos y con los hombros caídos. Sara, haciendo un esfuerzo de concentración, pudo ver enseguida su mano diciendo adiós en la escalinata de su casa de Kiev, hacía aproximadamente cuarenta y cinco años. Los castaños movían sus amables ramas arriba de sus cabezas, era verano y caían de la arboleda minúsculas semillas blancas, que parecían una inofensiva lluvia de algodón.

Estos eran los pedazos del sueño que ahora tenía entre las manos, lo demás permanecería sin duda en el olvido. Estos fragmentos visuales la llevaban muy lejos, por eso no había querido salir de adentro de las sábanas aquella mañana. Podía escuchar los quiquiriqueos de los gallos y las campanadas de la iglesia de Ajijic, pero se escurrían de sus oídos y pasaban a lo lejos, como si no le estuvieran hablando a ella.

La casa era húmeda, el jardín selvático. El cálido lago de Chapala se entreveía detrás de la enredadera, los muebles pesados y olorosos, los manteles y las colchas que la habían acompañado estos años. Hecha un nudo en su cama, el viejo cerebro de Sara recorrió imaginariamente su casa hasta la puerta de madera. Una casa así, había sido alguna vez un sueño. Ahora que la habitaba, su sueño reproducía la casa de la que había escapado, la casa donde imaginó un hermoso y tibio jardín como este. El alma se adelanta y retrocede en su obstinación por desear y recordar. Eso pensó cuando comprendió que su pasado era un ser viviente y sus recuerdos eran zonas permanentemen-

te fértiles. Las semillas eran estos fragmentos, de donde se desprendían recuerdos más concretos que aparecían florecientes y formaban una multitud de imágenes y sentimientos en continuo y constante crecimiento. El jardín de su interior era tan rico como el jardín al que salía en las tardes, melancólica, a pasear y extraviar la mirada.

Sin embargo, una zona de aquel jardín permanecía intocada. Bullían ciertas visiones de las que hubiera querido deshacerse, y se transformaban en edificios, plazas, explanadas, aulas, perfiles helados bajo tumultos de nieve, ventiscas, cielos opacos y avenidas inmensas surcadas por multitudes. Vivían en ella tantas voces, tantos rostros, razones, sonrojos, armamentos, banderas inflamadas, reflectores, y ocasos descoloridos...

Dio un sorbo al té que acababa de traer María, su ayudanta y ama de llaves, diciendo: “Aquí está el chai de la señora”. A ella le parecía el nombre de una fruta, pero se trataba de un té caliente y oscuro que la señora tomaba sin azúcar y con algunas gotas de leche. Sara sintió que el trago le aquietaba la lengua y deshacía urgentes palabras que pugnaban por aparecerse y decirse. Palabras que no borra el tiempo, y que incluso fortalece y magnifica.

Recordaba a Fedor. Su mente evocó la enorme puerta del magnífico edificio que resguardaba al *ballet* de Kiev. Puerta labrada con sutiles bajorrelieves, que en su mente actual le recordaban una caligrafía desvanecida o en vías de desaparecer. Era su pasado deshaciéndose. Pero presentía que antes de morir iba a hacer su

última y más nítida aparición. Podía verse a sí misma en mallas desvaídas, ella con el primer tutú asfixiando sus resuellos, ella frente a una nutrida audiencia, y de un lado al otro del escenario repasando tercamente los dobles piqués en el solo de Giselle. Ella en un rincón sobando sus dedos mallugados. Su padre y su madre con desesperados semblantes hablando con el doctor Kiri-lov. Debajo de las sábanas arrugadas que olían a cloroformo, ella y Fedor tomados de las manos, buscándose con los ojos. Ella de pie frente al ataúd de Fedor tocando sus párpados muertos y azulados. Lágrimas de lluvia en la ventana de un tren escandinavo. Las calles tumultuosas del París sangrante y ansioso de aquella época. Cuántos años en un parpadeo. Cuánta vida dejada en el polvo del camino. Se veía a sí misma leyendo una y otra vez la carta del doctor O'Leary, amigo de su tío Max, convenciéndola de dejar París. Su llegada a la ciudad de México, tratando de establecer una comunicación elemental con un taxista. Los recuerdos se sucedían, las emociones se agolpaban.

El doctor O'Leary y su droga mística y terapéutica. ¡Cómo le gustaban las manos largas y tibias del doctor O'Leary! Su querido y fiel amigo. Y luego el silencio fragante y selvático del lago de Chapala, sus montañas verdes y azules, lejanas y próximas. La soledad como una especie de expiación. Ella había sido expulsada de su tierra más por la culpa que por la guerra. Entre ella y Fedor, el amor ardiente había sido una fría cárcel.

Una inmensa y oculta verdad. Un recuerdo que le había impedido vivir y morir. La llaga de un amor se había convertido en la llaga de todo amor. Ahora y siempre se recordaba sola. Pero últimamente había llegado a sentirse remotamente sola. Y cuando lo pensó se sintió asustada. Dio el último trago a su té y salió a enfrentarse al sol violento de las once de la mañana.

Sólo algunos días después volvió a pensar en los recuerdos de Rusia y en la soledad, y en su vida dedicada a la danza, ecos de una música vaga y hermosa. Su piel y sus músculos hablaban de un pasado de movimiento y sudor, de un pasado de fuerza en el cuerpo y emociones extenuantes. Paseándose frente al lago al atardecer, recordó un viaje a Rigga que hizo con su padre y su hermano en su temprana juventud. Algo del agua gris, del brillo de la luz sobre la superficie arrugada del agua, la llevó instantáneamente a Rigga, frente al mar Báltico. Recordó la terraza del Hotel Smiltine, en aquella Letonia oscura, fría, de arropadas sombras. Las manos de su padre descansando en su hombro, mientras Fedor se balanceaba con suavidad bajo las ramas de los árboles sigilosos. La luna en lo alto le pareció una cara de hueso o un planeta de nieve. Cerró los ojos y Fedor acercándose a ella le dijo algo como “Esta inmensidad pertenece a la princesa de la luna, ella explora en el espejo del agua su hermoso rostro”. Sara no respondió en ese momento, se desprendió de su padre y fue detrás de él a la orilla de la terraza en tinieblas. Recordaba sólo vagamente,

sólo vagamente, pensó, con un suspiro. Recordaba o imaginaba que estiraron sus brazos hacia arriba, se movían bajo el amparo de las sombras y cantando débilmente bailaron, uno junto al otro, persiguiéndose, alejándose, con el ritmo irregular de la improvisación que despierta espontáneamente cuando dos almas se tocan, se entrelazan o se anudan.

Esta fue la semilla.

El ensayo

—¿Tú crees que de verdad sea rusa? —dijo Rebeca en un susurro, cuando nos quitábamos las mallas.

—Por el nombre debe ser —respondí.

Callamos mirando el contorno de nuestros pies desnudos. La clase había terminado, sentíamos el cuerpo lacio y tembloroso. La piel empapada nos latía enrojecida. Las mallas y el leotardo formaban en el suelo un montoncito húmedo y ya sin importancia. Después de clase, en ese rincón de azulejo amarillo y regaderas, nos transformábamos de esforzadas bailarinas a comunes adolescentes.

El nombre de Sara Letséyeva aleteaba en nuestro interior, formando un sonido vibrante y colorido. Una inagotable fuente de próximas emociones. Era el nombre de la bailarina rusa que nos invitaba a participar en su nueva obra. Mar, la maestra y coreógrafa, había

escogido a seis de nosotras para danzar con la exbailarina del *ballet* de Kiev. Repetíamos su nombre una y mil veces, como un himno recién aprendido que nos resultaba melodioso y fragante.

—Ustedes —había dicho Mar— van a ser rayos de luna, van a moverse desvaneciéndose como la luz, formando un círculo alrededor de ella.

Eso había sido suficiente para hacernos brincar y chocar unas con otras de gozo. Nos tomábamos de las manos con un entusiasmo ilimitado, formando un grupo de cuerpos y gemidos victoriosos. Abierto así el telón de la imaginación, recuerdo haber pensado en Natalia Makarova o en Maya Plisetskaya. Figuras hermosas como relámpagos. Imaginé a Sara entrando al escenario con un magnífico *grande jeté*, de *split* perfecto. En ese íntimo teatro mental, una luz ambarina enmarcaba un vaporoso vestido azul debajo de una sonrisa única.



Todas queríamos saber ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué pasos? ¿Quiénes? ¿Qué música? Nuestra curiosidad hizo explosión en pocos minutos. Mar nos detuvo con un gesto impaciente. Nada sabríamos hasta el día del ensayo. Ella, Sara, nos iba a explicar todo. No sólo nosotras estaríamos allí, sino también otros grupos de danza. El *ballet* folclórico de la Universidad de Guadalajara y el de danza contemporánea.

Al salir, el cielo era un lienzo pálido y sin nubes. El sol de las seis empezaba a declinar y a dejarse vencer por las primeras sombras. Nosotras, disfrazadas de normalidad, nos desparramábamos en todas direcciones cargando la mochila, las zapatillas, la sudadera y la toalla mojada.



Recuerdo físicamente la fuerza de mis rodillas, puedo sentir el elástico transparente de mis huesos tensos mientras el piano colocaba sus notas lánguidas en el fondo de mi oído. Gotas de sudor se desprendían del cráneo, deslizándose heladas por el centro de la espalda.

Empezaba la clase y había una euforia dentro de una fuerza contenida. Había un espejo enorme, donde podíamos contemplar el control preciso de los movimientos suaves que ensayábamos una y otra vez. Se abría nuestro brazo en una semicaravana que iniciaba el movimiento. A rascar el piso con fuerza y ritmo y a lanzar el muslo lo más alto posible. El pie permanecía fruncido en la punta manteniendo una línea y una dirección. Al final del ejercicio, se bajaba el brazo, el rostro y otra vez a empezar del otro lado.

La mente se aquietaba en su labor de coordinador. El cuerpo era la sustancia que disciplinaba el espíritu. Recuerdo el sabor a sal en los labios y el aire que entraba y salía por boca y nariz, como un motor vivo. Con un brillo feroz en los ojos sosteníamos delicadamente

los brazos. Hermosa y tersa la duela por donde las zapatillas se deslizaban con furia. El corazón se aceleraba y se desaceleraba, agradecido. Podíamos escuchar en el fluir de la sangre su latido urgente.

Después, en el centro, llegaba el momento de la danza lenta y de movimientos finos: el *adagio*. Me gustaba la lentitud donde se podía sentir a fondo el trabajo del músculo y donde el cuerpo expresaba su ser profundo. Los brazos surcaban el aire, frenando el deseo de lanzarlos al espacio. Con las últimas notas de la música terminaba el ejercicio. Ese día, nos sentamos en círculo junto al piano, un rato antes de ir al ensayo. Mar nos habló de Sara: vivía en Ajijic, venía de Ucrania. Tuvo un hermano bailarín, al que amó profundamente, susurró en secreto. Y había encontrado la un muchacho aquí (bailarín de danza contemporánea), idéntico a su hermano muerto. Sara quería hacerlo famoso. En los últimos años se había empeñado en crear su obra maestra. La culminación de su experiencia. La síntesis de su madurez física y espiritual, el apareamiento de dos mundos en el espléndido escenario de la danza. Sara había diseñado un *ballet* que combinaba el mundo de la danza clásica rusa y el mundo de la mitología azteca.



El primer ensayo fue un caos. Otros grupos de danza participaban también. Un grupo de *ballet* folclórico y otro de danza contemporánea. El lugar era un galerón enor-

me donde todos hablaban, en mallas y leotardo, calentando las piernas. Se hizo un silencio instantáneo cuando apareció Sara. Alguien cuchicheó su nombre, y nos quedamos sin respirar, esperando ver entrar entre velos transparentes la brillante sonrisa de una Maya Plisétskaya. En las fotos, una figura perfecta, de piernas como delicados mástiles terminados en punta que delineaban en el aire una imborrable determinación. Eso teníamos en la mente cuando apareció una anciana. Una anciana.

En efecto, no era una anciana común. Era muy alta, su cara arrugada estaba enmarcada por largos cabellos grises y rizados. Llevaba un vestido de noche largo, negro con lentejuelas y un sombrero enorme que se balanceaba a cada paso que daba y parecía un barco oscuro sobre una oleada de rizos blancos y grises. Sus brazos desnudos eran flacos, huesudos. Sus manos apuntaban siempre hacia arriba, parecía que la yema de sus dedos definía las coordenadas de los sucesos prácticos y próximos, así como los aleteos de sus brazos, etéreos y mágicos. Su delgada boca roja no era de fácil sonrisa. Con lentos pasos se acercó al centro del aula, su mirada iba de un lado a otro sin detenerse en nada ni en nadie. Navegaba, obviamente en un océano de caras desconocidas.

Nos quedamos clavadas sobre la duela. Nadie respiraba todavía.

—Muchachas... esta es Sara, saluden y pónganse en posición —dijo Mar. Nuestro saludo fue una mueca

rápida con la cabeza, una leve caravana mirando el suelo. Sara se acercó a nosotras.

—¿Rrrayus de luna?, parrense aquí, a mi alrededor y síganme con la música, sin moverse demasiado, quiero que continúen los movimientos de mi cuerpo, quiero libertad pero también obediencia. Ustedes prolongan los gestos que salen de mí, ¿comprendido?

Horrible equívoco. Inmensa desgracia. ¡La gran bailarina rusa! Esperábamos ver increíbles *fouettés*, dobles piruetas, *jetés* sorprendentes, lentos y sinuosos arabescos, pero no aquello. Sara no bailaba, parada en su sitio, mecía las caderas al compás de la música. Agitaba los brazos, deslizándolos a su alrededor como culebras blancas, para luego apretarlos en contra de su pecho. Movía la boca como si cantara, era una especie de monólogo mudo en movimiento cadencioso, pero sin moverse realmente. Entornaba los ojos, parpadeando despacio. Nosotras, sometidos y tristes rayos, levantamos los brazos hacia ella, con enorme desdicha.



—¿Cómo puede ser una bailarina si no baila? —dijo Ivonne.

—Ella fue una gran bailarina, bailó con el *ballet* de Kiev cuando era joven. Se retiró hace años y lleva mucho tiempo de vivir en Ajijic. Sin embargo, ha estado

preparando su obra maestra, *La princesa de la luna*, este *ballet* que vamos a representar —dijo Mar.

Nos miramos unas a otras. Un *ballet* completo, había dicho Mar.

—Pero ¿quién va a ser la princesa? —preguntó Irma.

—Pues, Sara; sí, Sara, ella misma —dijo Mar, cansada de contener nuestra ansiedad.

Después supimos que además de la princesa de la luna, habría un príncipe azteca; nos reímos. ¿Quién sería el príncipe? Se llamaba Eduardo Razo, un joven bailarín del grupo de danza contemporánea. Había sido elegido por su increíble parecido con el hermano de Sara, muerto hacía años, un joven bailarín ruso. Sara estaba feliz con el reparto. Decía que iba a lanzar a Eduardo al estrellato, a impulsar de un golpe su carrera. También se decía que estaba enamorada de él, era cincuenta años más joven que ella.



La emoción había vencido nuestra inicial reticencia, la obra iba a presentarse por primera vez en el teatro Juárez de Guanajuato. Así que salimos de Guadalajara una mañana fría, varios camiones de jóvenes, incontables maletas con el vestuario, Mar y nosotras, en las últimas filas del camión. Recuerdo el bullicio, una especie de algarabía se había apoderado de nuestro sentir.

La carretera se perfilaba infinita como el camino de la expectación.

Habíamos tenido sólo un ensayo, lo que nos hacía experimentar además un nerviosismo atroz, un sentimiento peculiar entre la euforia y el terror. Afortunadamente no había pasos difíciles, en realidad la coreografía era bastante blanda o sucia, como se solía decir, se trataba de seguir la música, cada una a su manera debía ser un rayo de luna. En el camión, Mar nos explicó a grandes rasgos de lo que trataba la obra.

—Después de algunas danzas y rituales acontecidos en tierra azteca, un príncipe descendiente del dios del sol se encuentra en el bosque con los rayos de la luna reflejándose en la superficie de un lago, de inmediato llaman su atención y los persigue, los rayos de luna se desvanecen y el príncipe se encuentra frente a la princesa de la luna. Él se queda inmóvil mirándola y quedan ambos prisioneros de un amor estrepitoso y súbito. En la segunda parte, después del intermedio, el príncipe es conducido por la princesa al reino de su padre, a las lejanas tierras de la luna. El pueblo lunar espera ya la llegada de los príncipes. Al llegar al palacio, puede verse al fondo del escenario un imponente volcán. Empieza la celebración con la llegada de Paynal, estrella de la mañana, después llegan el dios del fuego, el dios del viento y el dios del sol. Luego aparece la diosa del amor y la diosa del agua. Después de la boda, cuando la fiesta vibra de alegría, se escucha

una terrible detonación, un espantoso trueno; es el volcán que hace erupción sobre el pueblo lunar. Cada bailarín se transforma en un habitante desesperado. Surge el caos, y todos corren en pánico colectivo. Una carrera de varios minutos entre supuesta lava y humo. Todos caen al suelo, asfixiados y muertos, y sólo Sara y el príncipe sobreviven. Sara, enloquecida, trata de revivir a su pueblo, en este caso el cuerpo de baile, pero nadie resucita. El final es un abrazo de los amantes y un beso de amor ante la muerte.

Esta historia la comprendimos claramente mucho después. Creo que nunca supimos lo que sucedía hasta que sucedió.



El segundo ensayo general (con vestuario y escenografía) fue dos horas antes de la función. En la primera parte, el príncipe azteca participaba en el rito de una danza a la muerte. Todos los bailarines del *ballet* folclórico aparecieron entonces, con el vestuario indígena. Aquello fue una portentosa confusión. Había demasiados bailarines y únicamente Sara sabía lo que seguía después y cómo debía verse y cómo bailarse. Si es que había algo parecido a una coreografía, sólo ella lo sabía. La anciana, aunque parecía de hierro, se agotaba y movía las manos con desesperación, pronunciando las erres con furia. Mar procuraba ayudarla, tratando de armar aquel rompecabezas

de entradas y salidas, desfile de aztecas y de dioses lunares que se paseaban de un lado a otro con impaciencia.

Nosotras, siempre alrededor de la princesa, agachadas y moviéndonos lentamente. Nuestro vestido era amarillo pálido, largo hasta las rodillas y con velos de gasa blanca colgando de los brazos. Decaídas como rayos perezosos.

La función

Minutos antes de empezar, Deborah y yo nos asomamos entre las cortinas rojas para mirar al interior del teatro, para ver al público y las butacas y palcos. El teatro era precioso con su ornamenta en madera, y con respecto al público pudimos ver dos o tres cabezas aquí y allá, muy poca gente. Se sentía una enorme paz ahí afuera, en luneta. Grupos de dos y de tres personas hablando en voz baja, leyendo el programa, esperando. Al contrario de lo que sucedía dentro del escenario: hombres cargando bultos, bailarines estirando piernas, muchachas medio vestidas hablando con el encargado de las luces, rayos de luna despeinadas aún, aztecas que parecían apaches y voces sordas y susurradas en todos los rincones detrás del telón. Sara no aparecía, había subido desde hacía horas a su camerino. Veíamos prendida una luz al final de la escalera de caracol. Por segunda vez, ya casi para empezar, nos asomamos abriendo un pequeño orificio

entre las cortinas. Nos tranquilizó sentir aquel semivicio como público. Si aquello pudiera muy bien fracasar, era mejor que hubiera pocos testigos.

Empezó la función, después que el teatro hubo quedado en silencio y oscuridad. Se abrió el telón de terciopelo púrpura, las luces cayeron sobre algunos cuerpos estáticos que sólo empezaron a moverse luego de algunos compases. En la primera parte de la obra, no hubo contratiempos aparentes. Desde las bambalinas nos tocó observar la representación del pueblo azteca. Pequeñas danzas que se sucedían, entraban y salían diferentes hombres y mujeres, que inexpresivos, bailaban a la muerte. Blusas rojas, faldas largas negras, taparrabos, plumas, cascabeles, torsos desnudos, música como de agua cayendo.

Llegó el intermedio, se cerró el telón y las luces se encendieron afuera en las butacas. Dentro del escenario la luz era tenue, ambarina, nos veíamos a los ojos entre sombras y luces indirectas. Los bailarines de la luna nos preparábamos para entrar al escenario. Nos reunimos detrás del telón cerrado, hablando en voz baja, espantando los nervios. El príncipe azteca estaba listo, llevaba un taparrabos y un penacho gigante de plumas verdes y rojizas, el rostro maquillado y el torso desnudo. Con un gesto muy serio sus pupilas centelleaban. Había otros aztecas vestidos de manera similar, aunque no igualaban la majestuosidad de aquellas plumas flotando en el aire. La corte lunar

vestía con largos trajes blancos, negros y rojos, capas, velos y mucha pintura.

Por fin, apareció la princesa. Se hizo un silencio entre los diversos grupos de murmullos que perduraban agitados por el nerviosismo. Ella venía bajando por las escaleras de caracol desde un camerino en lo alto. Su descenso era acompasado, y en cada peldaño nos lanzaba una mirada. Cuando pudimos verla más de cerca, se nos cortó la respiración. Su vestido, pegado al cuerpo, era largo y plateado, llevaba una peluca de interminables rizos color rubio platinado y la cara, más arrugada que nunca, pintada de azul brillante. Como un personaje siniestro en una película muda, bajó como podría haber bajado una reina, suavemente, atenta al efecto que causaba en todos nosotros. Sonreía tímidamente, con un destello triunfal. Se acercó a Eduardo Razo, que la miraba con firmeza, desde su cara maquillada como guerrero apache y bajo su enorme penacho.

Todos respirábamos con expectación, hasta que empezamos a escuchar cómo Sara y Eduardo hablaban subiendo la voz y luego, casi inmediatamente, discutían. Después de unos minutos las voces eran gritos y las caras parecían dos máscaras desfiguradas.

—¡No hay nadie en el público! ¡Nadie! ¡No me interesa su estúpida obra! ¡Me vale madre esta pinche farsa inmunda! —gritaba Eduardo.

—Pero Eduardo, querrrido, no digas eso, no me hagas esto, en la próxima función habrrá más perrsonas... te lo pido —rogaba ella, arrastrando su vestido y agitando los brazos con desesperación.

—¡Déjeme en paz... pinche loca! ¡No me toque!
—Eduardo retrocedía y Sara decidida avanzaba suplicante hacia él—. ¡Me voy! ¡Definitivamente, me largo!, ¿me escucha? ¡Me largo!.

Todos observábamos aquello sin movernos, sólo algunos bajaban los ojos con pena. Eduardo temblaba de furia.

—Porr favor, ¡Eduardo, no lo hagas, no te vayas!
—rogaba Sara, hincada jalándolo de las plumas mientras Eduardo trataba de zafarse de sus garras.

—¡Me largo, pinche loca, me largo! ¡Esto es una farsa, una estupidez! —decía, tratando de liberar su penacho en un gesto de dignidad cómica y trágica que abanicaba esta escena de maquillado patetismo.

Una furia incontrolable se había apoderado de él. Con el torso desnudo, se soltó finalmente de las manos de Sara y gritando: “¡Me largo, me voy en este momento!”, salió corriendo sin decir nada más. Huyendo de ella, de la fama, de la danza, del hermano muerto, del teatro Juárez, de todos nosotros y de la obra que estaba exactamente a la mitad. De golpe, en el intermedio de la representación, el príncipe, el protagonista, el héroe, se había fugado.

Se oyó el portazo después de su desaparición y todo quedó en silencio.



Un silencio como un precipicio. Sabíamos que el tiempo corría. Sara con el rostro azul y su peluca larga y rubia quedó de rodillas en la duela, sollozaba sin consuelo, mientras su cuerpo flaco parecía estar a punto de quebrarse.

—Me ha dejado Eduardo... ¡Se ha ido! ¡El príncipe azteca me ha abandonado! Y sus ojos brincaban sin rumbo, dejando salir gruesas lágrimas.

Nos mirábamos unos a otros, dándonos cuenta del vacío del príncipe y del problema absoluto en que nos encontrábamos, cuando decía la voz en el micrófono “Segunda llamada, segunda, segunda llamada...”.

En esta maraña de angustia colectiva, de desazón paralizante, la voz de Mar se escuchó en el centro del escenario, clara, entera y lúcida.

—Nada, nada, nada, nada y nada...! La función debe continuar! Sara, tranquila... no se mortifique. Entre tanto muchacho, escogemos a un nuevo príncipe azteca... ¡MUCHACHOS! —rugió—. Fórmense todos aquí en este momento —ordenó como un capitán decidido a rescatarnos del naufragio.

Sara parecía no comprender nada, sumida en el dolor, era incapaz de pensar, o de decidir, así que Mar tomó las riendas de aquel momento inesperado. Varios

dioses lunares se pararon inseguros frente a ella. Caminaron con sus túnicas respectivas y con la mirada caída.

—Tú, ¿qué dios eres? —preguntó Mar.

—El dios del fuego —dijo una vacilante y aterrizada voz.

—Muy bien —dijo Mar—. Desde ahora eres el príncipe azteca... ¡Préstenle el vestuario! ¡Vestuario! ¡Vestuaaaaaaario!

Y en cuestión de minutos, un joven y asustadizo dios del sol era transformado en príncipe azteca. Se encendieron las luces, se abrió el telón y empezó la segunda parte de la función. Aquello marchaba como marcha un ebrio en tinieblas. Nadie estaba seguro de nada. El príncipe, titubeante, llegó a la corte lunar y se sentó en el trono junto a la princesa. Hacía su aparición el dios del viento. Nosotras estábamos inmóviles alrededor de Sara. El dios del viento se colocó en su posición y se hizo un gran silencio. Nadie se movía, sólo se escuchaba alguna tos en el público, tristes cabezas borradas por los reflectores.

La música no comenzaba. La pausa sin sonido se sentía angustiosamente. Miré a través de las bambalinas hacia donde se ponía la música. Lo que vi me horrorizó. Mar, furiosa, luchando con el aparato de sonido. Apretó la palanca y salió el casete, empezó a jalar la cinta atorada haciendo una maraña que nadie podía desenredar. Pasó un minuto tal vez, en el escenario, una eternidad. ¡El dios del viento estaba desesperado, corrían gotas de

sudor por su frente y lanzaba una mirada suplicante una y otra vez hacia las bambalinas mientras decía en voz baja “Música... por favor, música!”.

Lo que sucedía entre las bambalinas era terrible. Aztecas corrían de un lado a otro con desesperación, preguntando: “¿Dónde hay otro casete?”. Mar hablaba con este y con aquel: “¿Quién tenía otro casete con la música...?”. Creo que todos estaban paralizados en una hiperactividad inútil. Mar decidió, tomó un casete (el primero que se encontró creo que fue el de alguna de las clases de calentamiento), a señas le pidió al dios del viento que se hiciera un lado, es decir que esperara hasta que la música correcta fuera encontrada. Puso el casete y nos dijo lo más bajo que pudo: “Muchachas... ¡Interpreten! ¡Interpreten...! Hagan algo, lo que sea... muchachas... muévanse!”.

Irma estaba en la orilla, así que se lanzó dando pequeños saltos en arabesque, girando y moviendo los brazos con arrojo. Se lanzó como un trapecista hacia el columpio, en su mirada no dejaba de asomarse un miedo profundo pero sonriente. Había que ganar tiempo en lo que el control se restablecía. Se detuvo y miró temblorosa a la siguiente con un gesto que era además una invitación, como si bailar así de la nada en el teatro Juárez fuera cosa de todos los días. Creo que todas hicimos nuestra parte, seguras de que no se podía hacer nada más. De manera que para esto servía esa parte de la clase llamada “interpretación”, pensé.

Sara en su trono tenía los ojos en el piso, su enorme pena había dado paso a una especie de entusiasmo naciente, pero aún decaído, a un fingimiento que aún no encontraba su lugar. El príncipe azteca junto a ella tenía la cara roja, a punto de explotar debajo de su improvisado penacho, el miedo lo había petrificado en su trono e intentaba sonreír a la princesa, sin conseguir más que una sudorosa mueca. El dios del viento, que parecía castigado en un rincón, miraba hacia las bambalinas impaciente. Después de que cada rayo de luna bailó, no quedaba otro remedio. El dios del viento, con su vaporosa capa gris, tuvo que improvisar también con la música del calentamiento. Dio varios pasos en falso y varios giros dramáticos, cuando la música era lenta y cadenciosa. Entendimos que nunca había improvisado. Su cara sonriente transparentaba una tragedia interior y terminó como pudo corriendo hacia las bambalinas, como un naufrago que alcanza por fin tierra firme.

Alguien encontró el casete y pusieron finalmente la música correspondiente. Sin embargo, el nerviosismo o la hilaridad imparable nos había invadido a todos. Nadie daba un paso sin dudarlo, unos miraban a otros preguntando “¿Sigo yo?”, nos cubríamos la cara para reír. La única que parecía disfrutar, después del vacío de la música, era Sara. Miraba con arrobado fingimiento, desde su rostro azul, el rostro de su príncipe.

Llegó el final. Había un enorme volcán pintado en cartón, blanco y café, al fondo del escenario. Habían

colocado cubetas con hielo seco y agua para que saliera humo blanco. Todos, aztecas y personajes lunares, entramos al mismo tiempo a correr despavoridos por la gran explosión. Debíamos correr en círculos durante cinco minutos. Se dice fácil, pero cinco minutos en aquel escenario y en aquellos momentos fue toda la vida. Chocábamos unos con otros (éramos demasiados), la música estruendosa nos hacía poner cara de angustia. Algunos soltaban carcajadas angustiosas, otros trataron de actuar. Pasaban los segundos y empezábamos a marearnos por las vueltas, el sudor, el calor y el humo blanco que subía. Empezamos a caer al suelo, agotados, creo que incluso moribundos, teníamos instrucciones de morir eventualmente, pero no sabíamos exactamente en qué momento. Los que quedaban corriendo tenían que esquivar a los caídos o brincarlos. Hubo dedos machucados y tropezones. Caídas reales y gritos sofocados de dolor. Después de aquel desorden, cuando por fin todos estábamos muertos y bien muertos, aparecieron Sara y el príncipe. Ambos con una expresión de triunfo en el rostro, ambos victoriosos: se había llegado al fin. Sara había logrado transitar hasta el final de la obra sin sucumbir ante la tragedia de lo sucedido. El príncipe había logrado improvisar su papel e incluso llegó a sentirse verdaderamente un príncipe. La música era dulce y calmada. El humo empezó a impedirnos respirar. Los muertos empezaron a toser, una tos aquí, otra allá. Sara se acercaba, dicién-

donos shshsh. Ambos se abrazaron mirando hacia lo alto, bajo un velo de humo espeso. Se cerró el telón. Nos levantamos todos. Uno quedó tirado sin moverse, perfectamente desmayado. El telón se volvió a abrir, y había que dar las gracias.

Una eufórica caravana nos unía tomados de las manos. Así terminó la primera función. Los aplausos fueron incapaces de recompensar aquel esfuerzo. El sudor nos cubría, el maquillaje brillaba en nuestros rostros como una capa de acrílico y al irnos retirando hacia los camerinos nos abrazamos alegres, confusas. Debíamos prepararnos para la siguiente función. La noche apenas comenzaba.

Después supimos que el príncipe azteca que había huido, aquel bailarín o héroe fugado, el causante del terrible caos y de la enorme pena de la vieja Sara, había llegado corriendo en penacho y taparrabos a la central camionera de Guanajuato y así regresó a Guadalajara.

El final

Sara abrió los ojos con la luz tenue de la madrugada, y no pudo moverse. Todo le dolía, cada centímetro de su cuerpo. No podía mover los brazos sin dolor, y mucho menos las piernas. Por eso, sólo suspiró mientras abría los párpados frente al muro de aquel cuarto extraño. Sí, estaba en la ciudad de Guanajuato. En el Hotel Can-

delaria, después de la primera función de su obra. De golpe recordó la noche anterior.

Cuando las escenas de la función empezaron a entrar en su memoria, las espantó, para dejar que Fedor, su hermano, hablara. Quería escuchar su presencia, quería escuchar sus recuerdos, ver en la pantalla de su mente el rostro de su hermano. Sus brillantes ojos, su cabello sobre la frente, su sonrisa. Eso es, pensó, ya lo tengo. Aquí está, lo veo, casi puedo tocarlo, es mío, se dijo, buscando apropiarse del único sentido de todo aquello. Fedor danzando en Smiltine, tocando la superficie de las olas, sombras besando sombras en el sonido de aquella noche.

Cuando la imagen de Fedor se abrió paso, y ella pudo sentirlo, entonces se empezó a dibujar poco a poco en su mente la noche anterior. Pudo ver el suelo duro del escenario cuando cayó de rodillas suplicando a Eduardo que no se fuera, que no la dejara a la mitad de la función, que no abandonara su papel de príncipe azteca. La mirada de Eduardo la golpeó en la cara, no había más que desdén, frustración, odio y arrogancia en sus ojos. Aquel no era Fedor, ni remotamente. Aquel que ella había confundido de forma irreparable. Esto fue lo que sintió justo cuando cayó al suelo, y desde esa posición comprendió su error, su lamentable error. Pero también sintió que era un error que estaba más abierto que cerrado, más vivo que muerto. ¿Por qué? Porque caída en la duela del teatro, en aquellos momentos, levantó la mirada y recorrió los rostros que la

rodeaban. Aquellos bailarines atentos y asustados resplandecían con luz propia, ese montón de muchachos con ganas de bailar, que ella había arrastrado a esta aventura. ¡Había mucha vida en su error, pudo verlo, y había deseo! Se dijo, y lentamente respiró, lentamente se dejó llevar por Mar, la maestra que arregló su vestido y entre las luces del teatro comprendió que no podía quedar derrotada en sus lágrimas mientras aquellos jóvenes la rodeaban.

Ahora desde su cama recordaba el amoroso lago de Chapala, su placidez, las aves que intermitentemente cruzaban con su danza. Y por eso, ahora comprendía que algo en ella se desplazaba hacia el horizonte. Algo salía de su imaginación, flotando como una idea que se desparrama en el vacío. En efecto, era Fedor. El príncipe azteca la había abandonado, pero Fedor simplemente se soltaba. Ella por fin lo dejaba ir. Desde su terraza, en su pensamiento, su duelo eterno se desvanecía hacia las montañas, hacia el agua.

Miguel y la golfina

—¿Me ayudas con la tarea, mamá? —dijo Miguel, acercándose con cierta cautela.

—Mmm... ¿Qué tienes que hacer? —respondió la madre, mientras terminaba de hacerle el dobladillo a la funda que sostenía en las manos. Levantó la mirada unos segundos.

—Es un escrito para la clase de español, es tema libre —contestó con lentitud, como si la palabra “libre” lo encadenara aún más a la tarea.

—¿Pero tienes alguna idea? ¿De qué te gustaría escribir?

—No, no hay nada que quiera escribir, ese es el problema.

—Puedes pensar en algo que te haya ocurrido, algo que recuerdes y que te parezca extraordinario —respondió la madre levantando la cabeza de la costura y abriendo los ojos como para ayudarlo a mirar hacia adentro.

—¿Extraordinario? ¿Como qué?

—Algo que te haya sucedido y que se quedó en tu cabeza...

—¿Recientemente?

—Sí, a lo mejor ocurrió un evento que te impresionó —dijo la madre mientras su rostro brillaba cerca de la lámpara...

—Hay una cosa, lo que pasó en la playa... —surró Miguel sonriendo, y parecía que buscando hacia adentro, había encontrado al fin una luz.

—¿Y qué te pasó en la playa? —preguntó la mamá, con cierta curiosidad en la voz.

—Vi una golfina —dijo Miguel pronunciando la palabra con tono victorioso.

—¿Una qué? —exclamó la madre, dándole vueltas a la palabra “golfina”. ¿Una mujer? ¿Una golfina...? Pero qué extraña palabra había usado este niño que aún no tiene trece años, pensó.

—No era laúd, era golfina, eso nos contó el hombre que apareció entre los echaderos...

—¿Laúd?

—Mamá, ¡qué poco sabes de las tortugas! Él nos explicó que no era laúd, que era golfina... —reviró con aires de superioridad y contundencia.

—Ah, una tortuga... —la madre sonrió con un alivio momentáneo. Se trataba, no de una mujer, sino de una tortuga. Y su mente la llevó desde la palabra “tortuga” hasta el salón de la escuela donde recientemente había empezado a dar clases por la tarde. Amante de la biología, la directora tenía una tortuga terrestre, una tortuga sulcata que había llegado a tener un tamaño enorme y deambulaba por el patio, por el jardín y por las aulas. Su nombre era Chopo, y caminaba con rapidez y decisión. Varias veces la había visto a lo lejos, pero en esa ocasión, hacía un par de semanas, la tortuga había entrado al salón

mientras ella daba la clase. La puerta había quedado entreabierta, y de pronto, se abrió completamente, como si le hubieran dado una patada, y entonces la tortuga entró con decisión. Pero no sólo eso, sino que caminaba con grandes zancadas, y sin detenerse se dirigía directamente hacia ella, rodeando todos los pupitres de los alumnos. Ella quedó en silencio por un momento, los alumnos dijeron, ah es Chopo..., y Chopo, con su gran tamaño (del tamaño de un baúl, aunque un poco más alta) se desplazó hacia ella, resoplando. Ella retomó el hilo de su discurso, como si fuera lo más normal que una tortuga entrara en el aula, pero sin despegar los ojos de ella, empezó a sentir inquietud al verla aproximarse, sobre todo cuando vio su rapidez y determinación. Fue entonces que caminó en sentido contrario, rodeando las sillas de los niños. De tal manera que ella caminaba en una dirección y la tortuga iba detrás, dando vueltas como una en caricatura, mientras todos los alumnos reían a carcajadas, observando el miedo de la maestra, mientras la maestra seguía hablando, en un intento de encubrir su creciente terror. Las caras de aquellos niños habían quedado en su memoria. Felices de verla asustada y sin saber qué hacer. Cuando les pidió ayuda para que sacaran al animal, ellos estaban demasiado alegres para obedecerle y nadie se movió.

Esto le vino a la mente mientras Miguel mencionaba a la golfiná. Y miró a su hijo con atención, esperando no ver nunca en su rostro aquella mirada que había visto en aquellos niños.

—Es una tortuga de mar, ya sabes de cuáles, ¿no? La vimos caminando en la arena.

—Ah, sí, creo que sí, ya sé de cuales... —dijo la madre, haciendo una pausa, pero de inmediato sus pensamientos la llevaron entre dunas de arena a la palabra “caguama”, pero no a la cerveza, sino a un cuento, *La voz de la tortuga*. Recordó que hacía un par de meses lo leyó con sus alumnos de segundo y se quedaron impactados ante la idea de cómo aquella caguama se había vengado de un par de muchachos en la playa, cuando uno de ellos la había violentado. La madre había recordado ese texto mientras su imaginación se mecía entre las olas turquesa del mar Caribe que rodeaba la isla de Cuba. En efecto, su mente había guardado la palabra “caguama”, dunas, Cuba y un par de jóvenes que buscaban en el paisaje arenoso algún tesoro.

—Fue muy emocionante, lo que yo vi esa noche fue una golfina —dijo Miguel, no con arrogancia como temía la madre, sino con enorme orgullo. El triunfo de haber visto algo que no puede verse, como un secreto que se revela sólo para el que lo piensa.

—¿Y cómo fue? ¿Dónde la viste?

—Salimos en la noche, con mis primos, a explorar la playa. Llevábamos unas linternas, y nos pusimos a revisar la orilla, a dónde llegaban las olas. Estaba muy oscuro, había muchas estrellas y poco viento. Ya de regreso, de repente, vimos un caparazón verde que se movía muy lento, por ese motivo, por poco y no nos

damos cuenta, por lo lento que caminaba hacia donde están las palapas... —dijo Miguel, y estuvo a punto de decir que le había parecido que era lenta y tonta, pero de pronto recordó que en la clase de español habían leído la fábula de *La liebre y la tortuga*, y cómo la tortuga había ganado la carrera, por eso se quedó callado. Concluyó que si había ganado, entonces no era tan tonta, pero parecía serlo en comparación con la liebre, eso sí. Recordó aquellos dibujos donde se podía ver cómo la liebre corría, avanzaba, luego bailaba, se divertía y al final descansaba bajo la sombra de un árbol, y hasta se había quedado dormida, ya que iba ganando la competencia. Luego el esfuerzo de la tortuga, lenta, sudorosa, casi sin poder darle alcance. Él había sentido mucha ansiedad por la lentitud de ella y su caparazón, y por eso, el final era tan sorprendente, ya que había ganado la carrera sólo porque nunca se detuvo. La liebre ya no había podido darle alcance.

—¿Y qué pasó? ¿Qué pasó?, cuéntame —preguntó la madre, con miedo de que también a esta tortuga la hubieran querido lastimar. Trató de espantar ese pensamiento que le había traído el relato de Cabrera Infante, pero no pudo. Recordó que, en el cuento del cubano, aquellos muchachos habían cometido el pecado del “bestialismo”. Se quedó con aquella palabra que describía, no tanto el gusto por las bestias, sino la bestia en la que se habían convertido los muchachos. Recordó cómo, caminando entre algunas palmeras, se toparon

con una enorme caguama, y cómo la habían rodeado riendo y hablando de todo lo que podrían vender de su cuerpo si la mataban. Y claro, la matarían, sacarían dinero de la concha, de la carne, de la piel y de la grasa de caguama. Decidieron voltearla y dejarla inmóvil, con sus aletas agitándose en el aire, como si fuera un escarabajo. Eso habían hecho con ella. Pero la madre, espantando esas escenas, regresó a escuchar a su hijo.

—Nos pusimos alrededor de ella, aluzándola con las linternas, pero a ella no le importó, siguió en línea recta, hasta que se detuvo cerca de los echaderos... En eso, llegó un hombre alto, con cachucha y nos dijo que no era una laúd, sino una golfina. Las laúd son mucho más grandes, nos explicó, aunque también viven en el Pacífico. Mientras, ella empezó la construcción de su nido, en realidad hacía un hoyo, la arena volaba por todos lados. No se detuvo ni un momento hasta que terminó, fue muy rápido cómo lo hizo, y luego se quedó muy quieta. Va a poner sus huevos, dijo el hombre. En ese momento, iluminada por nuestras linternas, soltó un chorro de un líquido que se veía muy espeso, aunque transparente... Es una proteína para nutrir los huevos, nos dijo, es como su alimento. Luego empezaron a caer, el primero era como una pelota de *ping-pong*, muy brillante, como si estuviera mojada. Luego de dos en dos, caían y caían. Ella parecía estar llorando. Lanzaba una gemido muy agudo —dijo Miguel, y sintió que de golpe había entendido algo.

¡Claro!, concluyó para sus adentros, por eso era lenta. La tortuga caminaba despacio porque llevaba cargando un montón de huevos, por eso la liebre le llevaba tanta ventaja, y ahora en el caso de esta golfina, eran alrededor de treinta.

—¿Un gemido? —preguntó la madre con miedo en la voz, mientras recordaba otra vez el relato. Finalmente, en el cuento, se escuchaba el alarido de la bestia, la caguama había lanzado un grito de justicia que retumbó por todo el pueblo, que ahora sabía cómo había sido ultrajada por aquellos muchachos, y cómo ellos habían sido castigados. Luego pensó en Edgar Allan Poe y el aullido del gato negro emparedado. También un grito de venganza, y reflexionó: la tortuga era completamente inocente, había sido una venganza involuntaria, o quizás, el llamado a cuentas de la naturaleza. Y la madre regresó a la mirada de su hijo y volvió a sentir un gran alivio de saber que, con esta golfina, los chicos habían sido testigos de un alumbramiento. Eso era todo.

—Sí, gemía. Cuando terminó, vimos cómo cubría su nido con arena, y después se fue de regreso hacia el mar. Arrastraba sus aletas, y yo sentía el olor fuerte que venía del agua, de cosas saladas y de conchas.

—Me parece realmente extraordinario, muy emocionante, eso que viste...

—Sí, regresamos contentos, porque saltábamos mucho junto a las olas, mientras ella se metía nadando bastante rápido.

—Qué maravilla, es una gran experiencia ser testigo de algo así, del comienzo de la vida, de la vitalidad de la naturaleza y de los esfuerzos de la madre tortuga por continuar el ciclo de su especie. ¿No crees?

—Sí —dijo Miguel, mientras recordaba cómo al otro día, habían visto que un par de perros se habían acercado y escarbado cerca del hoyo. Había visto ese revuelo a lo lejos. Luego se acercó cuando los perros se fueron, y con cierta angustia, comprobó que ya casi no había huevos, sólo uno o dos quedaban en el fondo, y muchos cascarones rotos, fragmentos. Miró los ojos de su madre. Ella estaba tan contenta hablando de la naturaleza, que no tuvo el valor de contarle la verdad, lo que había pasado con aquellos huevos, criaturas que ya no llegarían a ser.

Latido

La mujer untó su cara con una crema blanca, espesa, parecida al barro. Cubrió toda la superficie lentamente haciendo círculos con los dedos, mientras se miraba fijamente en el espejo. Sus ojos no se despegaban de sus ojos.

Sacó su estuche de sombras, escogió la azul y pintó sus párpados, desde el comienzo de las pestañas hasta el comienzo de las cejas. Sus pupilas sopesaban fríamente aquella transformación. Sus dedos se movieron con habilidad hasta terminar los dos párpados.

Luego, tomó el delineador negro, lo abrió cuidadosamente y dibujó una línea vertical desde el inicio de la frente hasta la punta de la nariz. La línea era recta y delgada. Se miró unos segundos respirando pausadamente, había quedado bien. Se tocó los pómulos y deslizó ambas manos hacia el cuello rodeándolo, parecía querer ahorcarse, aunque en realidad quería detener algo que flotaba en su garganta.

Continuó el trabajo. Pintó sus labios de verde claro y se peinó estirando su pelo hacia atrás, sujetándolo con una liga. Fue al clóset, sacó el vestido azul rey y se lo puso. Buscó los zapatos de tacón bajo, tomó su bolsa y salió del apartamento.

Caminó por la calle, desentendida del mundo. Se movía como una monja dentro de su hábito, sin prisa y

con un ritmo lánguido. Pensaba en el sueño que se había repetido tantas noches. Aquel sueño la rondaba como un fantasma en los rincones de su cerebro. Aparecía sin ninguna explicación en cualquier momento del día e interrumpía su vida con aquella imagen. Se repetía constantemente “¿Qué significaba?”, era un enigma.

Recordó la primera noche que soñó aquello: cerró su libro, apagó la lámpara y se acomodó entre las sábanas. Se durmió instantáneamente. Entonces apareció la esquina de una calle oscura a la que ella se acercaba. De pronto distinguió la figura de una mujer. Al acercarse vio que era una figura estática, totalmente inmóvil. Llevaba un vestido azul y la cara era blanca como un papel. Los párpados azules, una línea de la frente a la nariz y los labios verdes. Parecía un mimo. Sus ojos estaban abiertos, pero no parpadeaban. Pensó que era una estatua, o un maniquí, se acercó un poco más, y entonces escuchó el latido. Primero débilmente, pero al acercarse se hacía más fuerte. Era un corazón. En el silencio de la noche, el latido surgía como el único elemento de vida. El sonido aumentaba a cada paso que daba. La mujer miraba con ojos secos y seguía perfectamente inmóvil.

En ese instante se despertó, asustada, con el pulso acelerado. Se sentó en la cama diciéndose que era sólo un sueño. Algo irreal, una creación accidental de la mente. El sueño se repitió varias veces en las noches siguientes. Siempre era igual y siempre terminaba en el mismo momento. Durante el día pensaba en la imagen

de la mujer y no podía concentrarse en nada, la figura entraba y salía de su conciencia como si fuera la dueña de sus pensamientos. Se preguntaba cómo continuaba la trama, quién era aquella mujer y por qué la soñaba.

Llegó a la conclusión de que la única manera de saberlo era continuar el argumento del sueño. Tendría que vestirse como esa mujer, ser ella misma la imagen. Convertirse en la mujer de aquella escena, encontrar la esquina y descubrir qué pasaba después. Por eso caminaba con la mente perdida, vestida de azul y con la cara maquillada de una manera muy extraña. La gente miraba su aspecto con curiosidad. Ella no se daba cuenta de nada. Sus ojos vagaban como ella misma, y lo único que le preocupaba en aquel momento era encontrar la esquina. ¿Cuál esquina era la esquina del sueño?

Llegó a una calle con poca luz, le pareció semejante a la del sueño y se paró justo en la esquina. Se quedó inmóvil, pasaron algunos minutos y un coche se detuvo.

El conductor bajó la ventanilla y le dijo:

—¿Cuánto cobras por un rato y sin el disfraz?

El tipo se reía, y ella no contestó. Seguía inmóvil y apenas se notaba su respiración. Miró las casas y los edificios frente a ella. Trató de convencerse de que era una piedra, y una piedra no necesita responder nada.

Desde un edificio cercano un hombrecito miraba por la ventana hacia la esquina, se figuró que la mujer era un títere olvidado en un escenario que no le correspondía, sintió un fuerte deseo de encontrar los hilos invisibles.

bles y moverla a través de la calle. Tuvo la certeza de estar viendo visiones y se alejó con rapidez de la ventana.

Abajo, el hombre del coche se fue. Pasaron otros más haciéndole similares preguntas. Ella los ignoró, pero empezó a dudar de que aquella esquina fuera la adecuada. Decidió seguir su camino.

Llegó a otra esquina, y pensó que esa debía ser. Pasaba mucha gente, pero a ella no le importó y volvió a su posición de inmovilidad total. Parecía una estatua viviente o un maniquí fuera del aparador. Puso la mente lo más lejos posible de ese lugar. Trató de imaginar la vida de un campesino escocés, imaginó el vuelo de un albatros sobre una playa desierta, luego visualizó una ciudad en el siglo XXII.

Un ruido a sus pies la hizo volver a la realidad. Alguien había arrojado una moneda. Luego cayó otra y otra. La gente la rodeaba. Se dio cuenta que su inmovilidad y su aspecto eran un espectáculo. Se detuvo un hombre de lentes, la miró durante unos minutos fijamente, y luego le dijo al hombre que iba junto a él:

—Esto es un *performance*, esta mujer representa la inmovilidad a que estamos sometidos los hombres y las mujeres en esta sociedad. La pasividad total ante el movimiento constante que nos rodea. Además, el maquillaje significa la máscara que muestra la mentira que somos, la sociedad hipócrita nos obliga a entrar al juego y representar un papel que nos es ajeno. La mujer como estatua, maquillada y arreglada haciendo de payaso para

que los hombres la miren: el producto esencial de la sociedad machista ... Me parece muy interesante.

El otro hombre no dijo nada, pero no le quitaba los ojos de encima. Ella escuchaba sin inmutarse. Las palabras del hombre rebotaron en su cabeza y pensó que tampoco aquella era la esquina. Recogió las monedas y siguió su camino. ¿Dónde estaba ese maldito lugar? Dio vueltas y vueltas, caminó hasta llegar al centro de la ciudad. Ya casi había perdido las esperanzas, y entonces sucedió. Al llegar al final de una calle retorcida, escuchó retumbar en el fondo de su mente. Se detuvo al instante, se quedó quieta y siguió escuchando. Era muy claro el latido que crecía, y sentía un temblor rítmico en su cara. Era allí, por fin había encontrado la esquina.

Se quedó quieta unos instantes, el latido se hacía más fuerte y parecía llamarla. Dio la vuelta y vio que frente a ella había una tienda. “Se venden y se reparan muñecas”, decía en la entrada. Se acercó al aparador cuando el latido ya golpeaba sus tímpanos. Sintió que una gran emoción llegaba a su cuerpo como una ola caliente. Pegó la cara al vidrio de la vitrina y observó detenidamente las muñecas que estaban expuestas ahí.

Sus ojos chocaron con una enorme muñeca, vestida y pintada igual a ella. Los ojos muy negros estaban abiertos. Los labios verdes mostraban una leve sonrisa. Una delgada raya negra cruzaba la mitad de su frente y llegaba hasta la pequeña nariz. El vestido era azul, al igual que sus párpados. Se quedó mirándola unos mi-

nutos. Era una muñeca hermosa. Estaba acostada en una caja de estambres y moños para el pelo. Sus brazos caían fuera de la caja y su mirada se dirigía hacia el aparador, mirándola fijamente, como pidiendo algo.

Entró con decisión a la tienda. Le pidió a la dependienta que le mostrara la muñeca. La dependienta la miró con miedo al ver su aspecto, pero no dijo nada y fue a buscar la muñeca. A los pocos minutos regresó y le puso la muñeca en los brazos. Ella se sentó en una silla en el rincón de la tienda y puso a la muñeca en sus piernas. El latido era ahora pausado y suave. Tomó la mano de la muñeca y la puso entre las suyas. Todo alrededor de ella se desvaneció, excepto el latido.

El hombre del edificio, sentado junto a su ventana, escuchó a lo lejos un sonido rítmico, suave y agonizante. Pensó en un reloj a punto de descomponerse y continuó su lectura.

Ella sintió una punzada aguda en el fondo del cráneo. Abrió los ojos como despertando de un largo sueño. ¿Qué había pasado? Trató de mover los brazos, pero algo se lo impidió. Había mucha luz y no pudo distinguir nada. Trató de mover las piernas y fue imposible. No podía entender. Esperaba ver su cama, la puerta de su cuarto, y la ventana, pero sólo vio estambres y moños de colores. Su corazón dio un salto. ¿Dónde estaba? Miró al frente y vio a través del vidrio la calle y gente que pasaba. Estaba rodeada de muñecas, dentro de una caja, en una tienda.

Los pavos y aquellos días

A mi tía Ligia

Dos días antes de que mi madre muriera, la encontré mirando desde el balcón de su casa, muy atenta a las ramas de la bolitaria. Yo cruzaba la calle hacia la puerta y me miró desde arriba y me dijo: “Estoy mirando a los pericos que llegaron en grupo a estas ramas, llegaron haciendo mucho alboroto”. Sí, pensé, así son los pericos que llegan por este rumbo, gritan mucho al volar, como dándose ánimo unos a otros o manteniendo algún tipo de conversación, y al aterrizar en los árboles se quedan mudos, balanceándose y colgados de las ramas más delgadas, como si fueran frutos verdes a punto de caer.

A su casa llegaban los pericos, pero en la mía se paseaban los pavos reales y aún hoy lo hacen. He vivido rodeada de pavos por muchos años. Con el tiempo he llegado a quererlos a fuerza de observarlos. Espectros azules en tránsito, en un deambular sin fin picoteando su recorrido por el mundo. Los pavos reales son animales tranquilos que se la pasan alargando el cuello y son, en todo momento, llevados por su intensa curiosidad. Los empecé a conocer hace años, cuando llegamos a vivir a esta casa. Mi vecina Norma siempre ha tenido alrededor de veinticinco pavos, algunos mueren y otros

nacen, pero siempre la misma población deambula entre las azoteas, las tejas y los árboles, de su casa y de la mía. En casa de Norma hay un jardín enorme, pero les encanta brincar por mi barda y atravesar el techo hasta que alcanzan la jacaranda. Las ramas del viejo árbol son la alcoba de uno o dos pavos, que pasan la noche muy quietos y cómodos en las amplias ramas.

No entran a la casa porque no pueden, pero si pudieran se meterían a indagar lo que hay dentro, cada rincón es digno de su observación. Alguna vez, bajó un pavo, se metió a la cocina y se comió toda la comida del gato. Cuando llegamos estaba subido en el fregadero, aterrorizado, sin saber qué hacer con su larga cola de plumas verdes que llegaba al suelo.

El caminar de los pavos es un calmante para los nervios. Empujan su cabeza y luego su cuerpo, los movimientos largos los deciden con mucha paciencia midiendo cada milímetro del salto que van a dar. Parece que caminan en oleadas, vienen y van. Son aves que no vuelan, sólo brincan, y luego pueden bajar deslizándose con sus alas, pero no logran realmente volar.

La belleza de su plumaje es irrelevante para ellos, la hermosura de sus largas plumas sólo importa cuando hacen el ritual del amor, que les da su fama. Levantan la cola en un imponente despliegue verde y azul. Sin embargo, lo más impactante es el sonido que hacen al llegar a esa posición. Es una vibración rítmica como de una maraca sorda y susurrante, y es cuando la mirada del

pavo se fija, se queda quieto vibrando mientras las plumas de su cola enmarcan con elegancia el principio de su carrera hacia la hembra. Las pavas son de una belleza más tímida, en general son muy ecuanímes, difícilmente les llama la atención la danza del macho. Se mueven con lentitud, y cuando el pavo con su cola elevada se fija en ellas, ellas simplemente dan algunos brinquitos y parece que escapan, pero sin la fuerza suficiente para realmente huir. Así, en segundos, se consuma la cópula, y la pava sigue su camino como si nada hubiera pasado.

Poco antes de las lluvias sucede este encuentro de pavo y pava, aunque también es el tiempo en que lanzan su graznido, comunicándose. Su voz parece una corneta de largo aliento o el aullido de un simio. Su intención es levantar el pecho, y simplemente llenar el silencio de la noche. Cuando alguno suelta el primer grito, los otros responden y el resultado es un coro impresionante que llega desde los árboles.

Cuando empiezan las tormentas, las pavas ya están preñadas y comienzan la búsqueda del nido. Sólo entonces aparece una preocupación en la pava. ¿Dónde puede ser el mejor lugar para poner los huevos? Buscan un escondite sombreado y apacible. He visto a muchas pavas nerviosas, alteradas, pero cuando encuentran por fin su lugar se calman de inmediato, ponen los huevos y se quedan sentadas. No se mueven del nido pase lo que pase, y así, reciben las tormentas y el granizo, guardianas de ese tesoro que serán sus crías.

En aquellos días, al día siguiente que mi madre estuviera quieta mirando los pericos, aumentó la gravedad de su estado de salud. En realidad, sabíamos que era el final. Cuando estuve cerca de ella, me dijo: “Por favor, búscame a Lupita la enfermera, quiero que ella esté aquí conmigo...”. Salí de su casa a la carrera, respirando con dificultad y llegué a mi casa, sabiendo que lo único y quizá lo último que yo podía hacer por ella era traer a Lupita.

En esa semana, llevaba algunos días viendo correr a una pava en particular, iba de un lado al otro, muy inquieta. Era joven, su cuerpo era delgado y pequeño. Algo le faltaba, algo buscaba con desesperación. Pico-teaba indecisa y confusa. Yo la había olvidado por completo cuando al llegar a mi casa para iniciar la misión de encontrar a la enfermera abrí la puerta de la cochera y vi a aquella pava sentada en el techo de mi camioneta. No me moví, me quedé mirándola con algunas preguntas en mi cabeza. ¿De verdad vas a poner tu nido en el techo de un auto? ¿Es el mejor lugar que encontraste? Después de algunos segundos, quizá mi presencia hizo que se levantara rápidamente y, muy asustada, de un brinco se bajó del carro y se fue corriendo. Fue todo rápido, y yo respiré un poco mejor, pero al acercarme vi que había puesto un huevo ahí, en el techo del coche. El huevo resplandecía, inmóvil. No era blanco, sino algo parecido a un tono *beige* claro, y era casi tres o cuatro veces más grande que un huevo de gallina. Era perfecto,

brillaba. Yo me acerqué despacio, miré para todos lados buscando a la pava, la madre de aquello, pero nada, había desaparecido. Además, no tenía tiempo que perder, tomé el huevo con cuidado, cálido y reluciente, y me metí a mi coche y lo puse entre mis piernas. Me fui volando a la clínica, enloquecida como la pava, llegué y afortunadamente encontré a Lupita. El huevo quedó envuelto en un suéter en el asiento de atrás. Yo y Lupita entramos a ver a mi madre.

En la noche, saqué el huevo de la camioneta, era algo tan delicado entre mis manos, un ser posible pero improbable ya, un huevo sin nido, un pavito sin madre, un huérfano. Me le quedé mirando como si escondiera un acertijo. Al día siguiente ella murió. Después de muchas horas de angustia, regresé a mi casa, buscando el huevo. Lo acaricié otra vez, y pensé en mi madre y a mi mente llegó la palabra “pochote”. ¡Cómo le gustaba a ella el pochote de la ceiba de su jardín! Una vez al año, aquellos frutos verdes se abrían y volaba por toda la casa el pochote. Ese hermoso y sedoso algodón que dispersaba la semilla de este árbol amado por los mayas. El árbol de la vida. El árbol sagrado.

Me fui a remover viejas cajas, buscando incansablemente una. Encontré una caja donde estaban varias bolas de pochote que ella me había dado. Dijo que aquello era tan sedoso, tan suave que le gustaría para una almohada, yo lo guardé y quedó por ahí por mucho tiempo. Al encontrarlo, tomé un recipiente de cristal,

metí el pochote y, en el centro, el huevo. Al fin, el huevo tenía un nido, y yo la sensación de reparar un orden natural. Esa pequeña alegría me llevó a colocarlo en la sala, cerca de una ventana. Un huevo solitario y terso, que calmaba mi enorme desasosiego. Quedó ahí, blanco y silencioso.

La mente va tejiendo las ideas y los recuerdos, y así se forman los hilos del pensamiento, por eso ahora, cuando camino por Aurelio Ortega y escucho a los pericos aterrizar en las jacarandas, me quedo inmóvil buscándolos en las ramas y de inmediato pienso en mi madre, la caja, el huevo, la ceiba, el nido y los pavos.





**Lo que
soñó la novia
del Hombre Lobo**
se terminó de editar
en noviembre de 2019
en las oficinas de la Editorial
Universidad de Guadalajara, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas de
Guevara, 44657 Guadalajara, Jalisco

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Sofía Reyes
Cuidado editorial

J. Daniel Zamorano Hernández
Diseño y diagramación